

JACINTO BENAVENTE

La ciudad alegre y confiada

COMEDIA

en tres cuadros y un prólogo

CONSIDERADOS COMO TRES ACTOS

(Segunda parte de LOS INTERESES CREADOS)



Copyright, by Jacinto Benavente, 1916

MADRID 8
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

—
1916

LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

91

LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

COMEDIA

en tres cuadros y un prólogo

CONSIDERADOS COMO TRES ACTOS

2.^a parte de Los intereses creados

DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO LARA el 18 de Mayo de 1916,
en el beneficio del primer actor y director D. Emilio Thuillier



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.-

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916



A Emilio Thuillier

Jacinto Benavente.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LAURO.....	SETA. ABADÍA.
SILVIA.....	MONERÓ.
JULIA.....	PARDO.
LA SEÑORA POLICHINELA ...	ALBA.
COLOMBINA.....	SEA. SÁNCHEZ ARIÑO.
GIRASOL.....	SETA. GELABERT.
DAMA 1. ^a	HEBREDO.
IDEM 2. ^a	GARCÉS.
EL DESTERRADO.....	SR. THUILLIER.
CRISPÍN.....	RAMÍREZ.
ARLEQUÍN.....	MANRIQUE.
EL SEÑOR POLICHINELA....	MOBA.
PUBLIO.....	PACHECO.
LEANDRO.....	PEÑA.
PANTALON.....	ISBERT
AURELIO.....	BALAGUER.
FLORENCIO.....	OZORES.
HOSTELERO.....	MIHURA.
CAPITÁN.....	} ARIÑO.
MOZO 1. ^o	
IDEM 2. ^o	ALEMÁN.

Damas, caballeros, mozos de hostería

La acción en un país imaginario

Derecha e izquierda, las del actor



PRÓLOGO

EL DESTERRADO

Vuelve el tinglado de la antigua farsa.

Al traqueteo y los chirridos de la carreta desvencijada, a tirones penosos de una mula anatómica, endosados los desteñidos colorines de sus trajes escénicos, se entra por la plaza del lugar la farándula.

Si el día es triste, con cerrazón de tormenta o entoldado el cielo de nubes o sucia polvareda de ventisca y en el lugar es día de trabajo, y el año fué de calamidades, y la gente mohina no está para fiestas ni farsas, nada mas triste, descolorido y lacio que la carreta farandulera, sin la luz del sol que avive sus colorines, sin vítores que presagien monedas, sin mozos que palmoteen a las damas, ni mozas que sonrían a los galanes, ni muchachos que aturdan al gracioso con griterío.

Bajo la pesadumbre de un cielo, como lona mojada, al horizonte tierras sin promisión; entre las casas color de barro, sin humear las chimeneas, porque están sin lumbrer los hogares y vacías las ollas bajo el humero, la farándula pasa, y es una tristeza más en la tristeza...

—A buena parte vienen,—piensan todos. ¿Quién les habrá engañado? Y los pobres faranduleros ni a mirarse se atreven unos a otros corridos y afrentados.

Mas si el día es alegre y el raso azul del cielo se desgarrar en resplandor de luz vibrante y es fiesta en el lugar, y las tierras en torno son como cañamazo que bordan los olivos de plata y los trigales de oro, de luciente esmeralda los viñedos, y humean los hogares y los hornos con sabroso olor de cochura, y es todo señal de abundancia, henchidas las paneras, repletos los arcones de hogazas, y, bajo la campana, en las cocinas, en sarta los perniles y embutidos... Entonces, al llegar la carreta, acude la gente bulliciosa y todo es palmoteo y alborozo. La luz deslumbradora, anima los colores desvahidos, enciende lentejuelas y talcos, y la pobre farándula se viste del esplendor triunfal del día; la polvareda misma que la envuelve a su paso, es el plumaje de una nube de oro en ascensión gloriosa, y los faranduleros, hijos vergonzantes de Apolo, pueden creerse en aquél punto transfigurados, como si la carreta desvencijada, fuera el mismo carro del Dios, que es Dios del Sol y de la Poesía, y, por serlo, es piadoso con todas las criaturas, y más si son sus hijos artistas y poetas, y son pobres y humildes.

Por donde pase, adonde se encamine, hoy sabe la farándula, que es todo el mundo lugar de miseria, todos los días tristes. Y, aunque de alegrar a las gentes vivimos, no pretendemos hoy regocijaros.

Aún no sabré decir si a vuestro aplauso no preferimos hoy vuestra indignación, porque tal vez hemos de disgustaros, porque acaso sobre el estruendo del bombo y los platillos, pregón de nuestra farsa, suene estridente y clara trompetería, que, si no al juicio final del mundo, a nuestro propio juicio nos reclama, mientras el juicio final llega. Entre los muñecos y fantoches de cartón y trapo, ya conocidos vuestros, veréis ahora algún hombre que hablará como hombre para espanto de los muñecos. Y ved a cuánto fuerza la costumbre; como ya conocéis a los fantoches de nuestra farsa y son tan viva imitación de verdaderos hombres, ahora tal

leilas

vez el hombre verdadero os parezca un muñeco y los muñecos más hombres que nunca. Ni habrá de qué asombrarse si así fuera. Los muñecos son todo resortes, dobleces y junturas; como se yerguen, se doblegan; como se alzan, se arrastran, y esta flexible facilidad es el mejor remedo de lo humano. Estos muñecos son hombres que saben vivir: los hombres listos que todos conocemos. El hombre verdadero os parecerá en cambio con rigidez inflexible, sin coyunturas, porque alienta en él un noble espíritu y es todo frente y todo corazón. Su voz sonará sobre todas las voces de la farsa con palabras de profecía. Y este es el temor de quien compuso esta nueva farsa de hombres y muñecos. ¿Qué es un profeta mientras sus profecías no se cumplen? Enfadoso agorero, agustas insoportable. Y si a costa de ver cumplidas sus profecías de ruinas y de estragos habrá de ser su gloria, nunca sea profeta, quédese en agorero. Mas si juzgáis enojoso el aviso, estinadle a lo menos por bien intencionado. Hoy la farándula no pretende vuestra risa. (Todo el mundo es teatro de tragedia) y si el arte mismo no puede ser hoy serenidad, si no quiere parecer inhumano, ¿cómo puede ser bufonada sin parecernos un insulto al dolor y a la muerte? Con todo, aún pudiérais reír de la misma gravedad nuestra. Y siempre tendríais razón y vuestra risa tal vez fuera una razón más de las razones que hubo para escribir esta farsa, cuyo título se halló en libro santo, en palabras proféticas, que dicen: «Esta es la ciudad alegre que estaba confiada, la que decía en su corazón: yo y no más, ¿cómo fué su asolamiento?» Y fué el asolamiento de la ciudad alegre, tal vez porque juzgó la profecía como farsa y despreció el aviso entre risas y burlas.

Si la intención del temeroso aviso es buena y así el temor no salga nunca cierto, ¿no juzgaréis la farsa profecía?



CUADRO PRIMERO

Terraza de una hostería. Al fondo, el río y jardines. Es de noche; iluminación para una fiesta.

ESCENA PRIMERA

HOSTELERO. MOZOS DE LA HOSTERÍA, entrando por la segunda derecha

HOST. ¡Listos, muchachos, listos! Es la hora y no tardarán en llegar los señores poetas. Cuidad que no falte nada y que el señor Arlequín quede complacido. La fiesta de esta noche ha de inmortalizar mi nombre y el de mi hostería. ¡Ahí es nada, que el señor Arlequín y los poetas y gaceteros, amigos suyos, hayan escogido mi casa para celebrar esta fiesta en honor de la hermosa Girasol, la bailarina, que es tanto como si el Magnífico honrara mi casa con su presencia, como ya la honró en tiempos. .

Mozo 1.º Sí, cuando quisisteis llevarle a galeras a él y a su amo, el que hoy es yerno del señor Polichinela.

HOST. ¡Calle el lenguaraz! Todos saben que mi casa y mi hacienda estuvieron siempre al servicio del señor Crispín y del señor Leandro,

y ellos, por su parte, cuando se vieron en grandeza, no olvidaron el desinterés con que les serví siempre. Y hoy mismo, con ser quien es el señor Crispín, el Magnífico no pasa por delante de mí sin saludarme con la más afectuosa cortesía. En cuanto al señor Leandro, ya sabéis cómo honra mi casa con frecuencia.

Mozo 1.º Y cómo gasta y triunfa con el dinero del señor Polichinela.

Host. Por mucho que gaste no llegará a empobrecerse.

Mozo 2.º Mientras le viva el suegro.

Mozo 1.º Todos dicen que dentro de poco entre el Magnífico y el señor Polichinela, tendrán todo el dinero de la ciudad.

Host. ¡Silencio! En mi casa no quiero murmuraciones. Yo vivo con todos y nunca he vivido mejor, ¿de qué puedo quejarme?

Mozo 1.º ¡Ya! Como cuando vais al mercado os importa poco que haya subido el precio de todo, porque compráis para vender a los que tienen dinero... ¡Si tuviérais que comprar como nosotros para mantener una mujer y muchos hijos...

Host. ¡Basta, dije!

Mozo 2.º Lo único que no sube de precio es nuestro trabajo.

Host. ¡Basta de insolencias! Si no os conviene...

Mozo 1.º Ya lo sabemos: que no tardaríais en encontrar quien os sirviese por menos. Hay mucha hambre en la ciudad. Y ya se sabe, cuando todo está más caro, los hombres están más baratos...

Mozos ¡Eso, eso!

Host. Bien se advierte que los discursos y las gacetas del señor Publio os han levantado de cascos en estos días. ¡Sois unos infelices! Cuando el señor Publio quiere que gritéis por esas calles y plazas contra el gobierno de la ciudad, es porque necesita que los gobernantes os tapen la boca, a vosotros y a él. Solo que a vosotros os la taparán con mordaza o con plomo y a él con dinero o cosa que lo valga. ¿Cuándo aprenderéis? ¡Desgraciados!

Mozo 1.º ¿Quién nos enseñará? ¿Ni de quién podremos fiarnos? El señor Publio, siquiera, dice las verdades...

HOST. El que dice la verdad suele andar desnudo, como ella. Y él ya veis que anda muy bien vestido. No es culpa suya, que no levantaría él tantas tempestades si no hubiese quien le ofreciera tridente de oro para aquietarlas después de levantadas.

ESCENA II

DICHOS y EL DESTERRADO, que aparece por la segunda derecha

DEST. Tenéis razón, amigo. Es que de ese oro que amansa tempestades nadie pide cuentas. Se prodiga en nombre de la tranquilidad pública y la tranquilidad pública es el mejor narcótico para disponer del tesoro de la ciudad, sin que a nadie le duela. Pero esa tranquilidad no envilece tanto al que la vende como al que la compra...

HOST. ¿Eh? ¿Quién sois?... ¿Estáis invitado a la fiesta? Esta noche no puedo admitir a nadie en mi casa.

DEST. ¿Tan cambiado estoy que no me conoces? Es verdad. Pasa el tiempo. Tu hostería tampoco es la que era, aquél pobre albergue a la entrada de la ciudad, junto al río, sin estos jardines que ahora hermosean sus orillas. Tú no has cambiado mucho. Antes que tu casa te he conocido a ti. Y de mí, ¿no recuerdas?

HOST. Sí.. tú eres... Pero no es posible.. tú eres...

DEST. ¡Chis! ¡Calla! El Desterrado, no tengo otro nombre...

HOST. Andad allá dentro, muchachos... ¿Qué murmuráis? ¡Buenos estamos! (Salen los Mozos por la derecha.) Sí, eres tú... Y ¿no temes que te descubran? Soy tu amigo, pero no querrás comprometerme con tu presencia. Si te hallaran aquí... creerían que yo...

DEST. No tiembles... Ahora veo que tú también has cambiado. Verdad que eres protegido-

- del Magnífico. Olvidaba que todo lo que eres se lo debes a él.
- HOST. Por eso mismo, no puedo acoger en mi casa a su mayor contrario, su mortal enemigo. El Magnífico te desterró y puedes agradecer que se contentara con desterrarte, por hablar contra su gobierno, por amotinar al pueblo en contra suya... ¿Cómo te has atrevido a dejar tu destierro?
- DEST. Tranquilízate y mira... El sello con las armas del Magnífico, permitiéndome volver a la Ciudad, a mi patria querida...
- HOST. ¿Su perdón? ¡Y aún dirás que no es grande y generoso!
- DEST. Diré lo mismo que he dicho siempre, que, con ser como es, aun vale más que el pueblo que le soporta. Ese pueblo que murmura sin cesar contra sus gobernantes, poniéndose a su nivel, pues los conoce y permite que le gobiernen. Y no contentos con murmurar la verdad, como si la verdad no fuese bastante, aún añade calumnias y calumnias, a sabiendas de que lo son, de que no podrían probarse. Y esto ya es ponerse más bajo, mucho más bajo; que si murmurar la verdad aun puede ser la justicia de los débiles, la calumnia no puede ser nunca más que la venganza de los cobardes.
- HOST. Dices bien. Yo te aseguro que no hay razón para culpar al Magnífico, que nunca hubo en la Ciudad tanto dinero ni se gastó con tanto garbo.
- DEST. Eso dices porque el dinero entra en tu casa, que es casa de alegría y holgorio... Pero creo que, por fuerza, ha de sentirse el mal-estar ocasionado por esa terrible guerra, entre las más poderosas ciudades de Italia, repúblicas y señoríos, el temor de vernos envueltos en una contienda, cuyo resultado no será nunca satisfactorio para nosotros.
- HOST. Según quien vengza...
- DEST. ¡Ilusiones! El vencedor creará que se lo debe todo a sí propio y no será amigo de nadie; el vencido creará que nadie le ayudó como debía y será enemigo de todos. Uno y

otro solo aguardarán la ocasión de imponerse a los débiles; el vencedor por afirmar su triunfo, el vencido por desquitarse de su derrota.

HOST. ¡Bah! El Magnífico es hombre hábil y sabrá sortear todos los peligros.

DEST. Pero, ¿tú crees que son los hombres, que es la política, que son las mismas armas, lo que previene y decide las guerras? Sí, hay en toda guerra un motivo aparente que solo engaña a los cronistas vulgares... Un pique de amor propio entre dos soberanos, un desaire a un embajador, unas leguas de territorio fronterizo disputadas... ¡Bah!... Pretextos risibles, buenos para entretener la historia del día. / Bajo estas causas superficiales, hay razones más hondas, de interés, de competencia, de rivalidad en comercio y manufacturas.. Y todavía no son estas las verdaderas causas, que, sobre todo esto, hay en toda guerra, lo que solo a lo largo del tiempo se percibe, como desde muy lejos, como desde muy alto, el designio providencial, el predominio de un pueblo sobre los otros pueblos, de una raza sobre las demás razas, de una idea nueva sobre ideas caducas. Por eso, cuando miras desde cerca esta guerra de ahora, te apasionas, te exaltas, porque todo te dice, odio, sangre, violencia, y te inclinas al uno o al otro lado, pones también odio y violencia de tu parte sin saber de qué lado están la razón y la justicia. Pero si lees, con la serenidad que sólo da el tiempo, en historias de guerras que pasaron, verás que en todas ellas, aun las que fueron humillación y vencimiento de tu patria, triunfó siempre lo que debe triunfar... la idea de Dios, que para triunfar en el mundo se vale siempre de los fuertes... y ten entendido, aunque por fuerza de brazos o armas se manifieste, que la verdadera fuerza es la espiritual, que solo el espíritu es quien pone en las espadas luz de inteligencia, en las inteligencias temple de espadas.

HOST. Yo no entiendo ni quiero entender tus filo-

sofías; lo que sí sé es que nadie quiere la guerra.

DEST. Y ¿basta no quererla?

HOST. Nosotros vivimos en paz con todo el mundo. Y no podrán quejarse unos ni otros de nuestros buenos oficios, que con todos negociamos y a todos proveemos de lo necesario.

DEST. Y muchos se enriquecen. Lo sé. Por lucrarse hoy empobrecerán mañana. Hoy venden a buen precio lo que mañana han de necesitar y no podrán hallarlo a ningún precio. ¡Ay del que atesora del tesoro de la Ciudad! que cuando la Ciudad se pierda, ¿dónde esconderá su tesoro?

HOST. Vuelves a tus predicaciones. Aún no has escarmentado.

DEST. Ni escarmentaré nunca. Por eso no hubiera vuelto si no hubiera sido por mi hijo.

HOST. ¿Tienes un hijo?

DEST. Sí, del que no debí separarme al salir desterrado. ¡Era tan niño! ¿Qué hubiera sido de él? ¿Cómo exponer su vida a los azares, a la miseria de mi vida errante? Quedó aquí con un tío suyo, hermano de su madre, enemigo mío. Nada he sabido de él en tantos años. No me permitían comunicación con nadie de la Ciudad. Ni mi nombre llevará de seguro. Y, ¿qué habrán hecho de él? ¿Qué habrá en su alma? ¿En qué podré conocer que es mi hijo?

HOST. Yo no sabía que tal hijo tuyo hubiera en la Ciudad. Sin duda, como dices, no lleva tu nombre.

DEST. El nombre del Desterrado no era un nombre.

HOST. Y, ¿cómo ha sido el perdonarte el Magnífico? Sin duda hay alguien que te quiere bien cerca de su persona... De otro modo no te hubiera levantado el destierro... ¿Tú no sabes?...

DEST. Con el perdón recibí esta carta, sin firma... La letra parece de mujer, sólo dice: «Benedicid a quien sin conoceros os ama, solo porque sois padre de quien no puede ser mi enemigo...»

- HOST. Esa carta... No conozco la letra, pero...
- DEST. ¿Sabes tú?...
- HOST. ¿Saber? No... Pero... tal vez... si... tal vez sea tu hijo el que. .
- DEST. ¡Mi hijo! ¿Qué quieres decirme?...
- HOST. A mi casa acuden a diario muchos jóvenes de las mejores familias de la Ciudad. Entre ellos hay uno de quien se dice, se murmura, que está en amores con la hija del Magnífico, la hermosa Julia. Una hija que el Magnífico hubo allá en sus mocedades y se trajo consigo cuando su antiguo amo, el señor Leandro, al casarse con la hija del señor Polichinela, le puso en estado de gran señor, del que ha sabido alzarse, hasta la Señoría de la Ciudad.
- DEST. ¡Imposible! ¡Mi hijo! No... Su tío no era más de un mercader; por mucho que haya prosperado, no es posible que su situación permita a mi hijo enamorar a la que es tanto como una princesa, porque no menos que un príncipe soberano es el Magnífico, su padre.
- HOST. ¿Quién era él? ¿Quién era su amo cuando enamoró a la hija del señor Polichinela? El Magnífico no puede asombrarse de nada...
- DEST. Y, ¿dices que ese joven de quien se dice que está en amores con la hija del Magnífico, viene alguna vez a tu casa?
- HOST. No faltará a la fiesta de esta noche.
- DEST. ¿Tienes fiesta esta noche?
- HOST. Una fiesta de locos. Los poetas festejan a la hermosa Girasol, la bailarina que tiene alborotada a la Ciudad con sus danzas. No puedo invitarte porque esta noche no soy el amo de mi casa. Pero si quieres ver sin ser visto, desde cualquiera de esas ventanas puedes atisbar cuanto se te antoje. Valdrá la pena, porque es gente de ingenio, y la Girasol es hermosa. Vendrán también damas ilustres enmascaradas, y personajes, y, ¿quién sabe? Es tanta la curiosidad, que tal vez el Magnífico en persona no deje pasar la noche sin presentarse por aquí, como un buen ciudadanc. El tiene en mucha estima a los poetas, que él sabe son lenguas de la

fama y conviene estar a bien con ellos para librarse de sus sátiras... Y aun si quieres, cuando la concurrencia sea más numerosa, observar más de cerca, yo te daré una máscara y bien puedes salir y andar entre la gente sin ser notado.

DEST. Así lo haré, que es mucha mi curiosidad, después de haberte oído... (Se oyen voces dentro.)

HOST. Pues entra, que ya oigo voces de esta parte. Y entretanto que la fiesta se anima, cenarás por mi cuenta, por nuestra antigua amistad.

DEST. Gracias por todo.

HOST. No sé por qué, presumo que acabaron tus desventuras y tus andanzas. Tu perdón, esa carta misteriosa con letra de mujer... Mira que si por fin acabaras por ser consuegro del Magnífico, del que tanto has odiado...

DEST. Bien se ve que en tu casa tuvo principio su grandeza. Sueñas con aventuras extraordinarias como las tuyas. Por si las niñas no llegaran a tanto, conténtate con ofrecerme una cena frugal. No me trates como a consuegro del Magnífico. ¿Cómo podría yo pagarte si no contara un día con su dinero, como él contó con el dinero del señor Polichirela?... Yo no llego como él llegó para engañarte. Mira mi escarcela. Esta es la verdad. Yo no soy Crispín...

HOST. ¡Qué importa, si tu hijo puede ser Leandro?... Entra en mi casa que tú cenarás esta noche como si fueras el Magnífico... (Vause por la primera derecha.)

ESCENA III

ARLEQUÍN, LAURO, AURELIO y FLORENCIO, por la segunda derecha

LAURO - Llegamos los primeros.

AUR. Es la hora mejor.

FLOR. Después la muchedumbre nos traerá su vulgaridad.

ARL. Mucho temo que la fiesta sea un vulgar bullicio. Yo hubiera querido que fuera como

un recogimiento espiritual, una meditación, una fiesta de melancolía. Pero ya visteis cómo Girasol torció el lindo gesto cuando se propuso que la fiesta fuera para nosotros solos.

FLOR. Girasol es una mujer vulgar.

ARL. Como todas. A mí no me ha engañado. Prefiere el aplauso ruidoso de la multitud a la admiración recogida de los entendidos. A mí desde que todos la celebran, ya no me parece la misma.

AUR. ¡Qué diferencia cuando al presentarse en la ciudad la gente se burlaba de sus danzas!

ARL. Y el público la silbaba y hasta cayó a sus divinos pies alguna hortaliza... ¡Era admirable! ¡Sólo nosotros la comprendíamos!

AUR. Ha perdido todo su encanto.

ARL. El soneto que yo cincelaba para ella no pasará de los dos primeros versos... ¿En qué piensas, Lauro?

LAURO. ¿Se sabe si el Magnífico asistirá por fin a la fiesta?

ARL. Pero si asiste no vendrá con su hija. ¿Es eso lo que piensas? ¡Ah!, Lauro, ¡hombre feliz! No te atormentes con ese amor que tú crees imposible. El Magnífico es tan grande, tan grande, que es capaz de casarte con su hija...

LAURO. No digas locuras.

ARL. ¿Sabeis la última grandeza del Magnífico?...

FLOR. No me habéis del Magnífico. También se empequeñece. Su grandioso cinismo de otros tiempos degenera en vulgares concesiones a la opinión.

ARL. Ahora le ha dado por mantener la paz a toda costa.

AUR. ¿Y qué puede hacer? La guerra sería un desastre...

ARL. ¿Por qué un desastre? Para nosotros no puede haber desastre. Nos gobernarían los venecianos o los genoveses y eso iríamos ganando.

FLOR. Para lo que servimos...

AUR. Para lo que significamos...

ARL. Una ciudad abierta al mar por todas partes y que no tiene barcos para su defensa...

FLOR. ¿Y qué barcos podemos tener?...

- AUR. ¿Y para qué los queremos?
FLOR. ¿Y soldados? ¿No es risible que ahora quie-
ran que todos seamos soldados?
- ARL. ¿Para qué queremos soldados? ¿Qué tene-
mos que defender? ¿Qué importa que todo
se pierda? Una ciudad que sólo encumbra a
los que no tienen ningún talento. Aquí son
reputados famosos cuatro hombres vulgares
que ni siquiera son conocidos en Venecia
ni en Génova.
- FLOR. De los que allí se reirían si los conocieran...
ARL. Lo único que podemos presentar al mundo
son nuestras bailarinas, nuestros desbrava-
dores de potros y nuestros mendigos... Eso
sí... Es nuestro orgullo... Por eso he querido
yo que nos juntáramos en esta fiesta los
únicos que aun no hemos perdido la clara
visión de las cosas.
- AUR. Hay que elevarse sobre la ramplonería.
FLOR. Sobre los respetos vulgares.
ARL. Sobre el patriotismo que quiere obligarnos
a una estúpida admiración por todo lo
nuestro.
- AUR. Pero, ¿qué nos piden que admiremos?
ARL. Una ciudad que puede ser gobernada por un
Crispín.
- AUR. Y un señor Polichinela.
ARL. Que la gobiernan como se merece. Despre-
ciándola. Que por fortuna nos llevarán a la
ruina y entonces empezaremos a ser algo...
- FLOR. Cuando nos gobierne el extranjero...
ARL. Cuando nos imponga una cultura superior.
AUR. Cuando nos enseñe a ser hombres...

ESCENA IV

DICHOS y el DESTERRADO por la segunda derecha

- DEST. Eso sí, desdichados...
TODOS. ¿Eh? ¿Quién es? ¿Qué dice?
DEST. Os digo ¡desdichados!, porque no es vuestra
toda la culpa, de otro modo os diría ¡miser-
rables!
- AUR. ¿Y quién os mete a vos...?
FLOR. ¡Tened cuenta con vuestras palabras!

DEST.

No os alboroteis. Miradme a la cara: soy un hombre. Vosotros sois muy niños o muy viejos. De cualquier modo me dais compasión y por compasión he de hablaros. Sólo vos, señor Arlequín, por vuestra edad debíerais ser más razonable; pero la vanidad os pierde. Y aunque no os falta entendimiento, sabéis que no es tanto como para asombrar a las gentes y os amparais del desatino que siempre asombra y pasma, y más en los que como vos saben escoger su auditorio. Sazonada con vuestro ingenio, sembráis entre estos mozalbetes la mala semilla de vuestra vanidad. Teneis cargo espiritual sobre ellos y... ved lo que hicísteis de esta juventud. Mirad mi rostro enrojecido de vergüenza al escucharos maldecir de esta noble ciudad, que es nuestra patria, al oír cómo no os importaría verla dominada por el extranjero, que vendría, como decís, a imponernos su cultura. ¡Desventurados! Si el extranjero cayera sobre nosotros, su cultura, sus libertades, sus sabias leyes, las guardaría para él, a nosotros nos trataría como se trata a los traidores, que, vencidos, sólo son dignos de ser esclavos. ¿Es eso lo que ambicionais? A cuánto llega la soberbia, pecado de los ángeles rebeldes; a cuánto llega la envidia, pecado de las almas ruines... Porque eso sois, soberbios y envidiosos. Cuando vuestra conciencia os da la medida de vuestra insignificancia, bueno es culpar a los demás de nuestro fracaso. ¿Qué habíamos de hacer? En patria tan mezquina no vale la pena de hacer nada. ¿Quién iba a comprendernos? ¿Quién había de admirarnos? Si en vuestra vanidad creéis que habeis hecho algo grande y no sois bastante estimados, decís: ¡Lástima valer tanto en tierra que vale tan poco! Cuando veis estimados y aplaudidos a los que trabajan con fe, a los que luchan con entusiasmo, entonces es la envidia la que os muerde, y por empequeñecer a los que valen, no dudáis en empequeñecer a vuestra patria. Y cuando sois vosotros los que os dais ocasión al ex-

tranjero para menospreciarnos, queréis medir vuestro valor por el valor que nos da el extranjero. ¿A quién visteis que para asegurarse de la virtud de su madre para encontrar razones de quererla pregunte a los extraños? ¿Qué pensáis de mi madre? ¿Qué estimación haceis de sus virtudes? ¿Cómo he de respetarla? ¿cómo debo quererla? Pues tan indigno es pedir al extranjero razones para amar a nuestra patria.

ARL. Ahora es cuando os hemos conocido, yo por lo menos, que estos mozalbetes como vos los llamais, por suerte suya no alcanzaron los tiempos en que vuestra ciceroniana oratoria era pasmo de las plazuelas.

DEST. ¿Sabeis quién soy?

ARL. ¿Qué otro pudiera ser? ¿No estabas desterrado? Dicen que por medida de buen gobierno; yo aseguré siempre que por medida de buen gusto. (Aurelio y Florencio ríen)

LAURO ¿Qué decís? ¿Este hombre es...?

ARL. El tribuno de la plebe, un grandilocuente orador como habeis podido apreciar. ¿No os ha conmovido? ¡Amigos, hay que ser patriotas, hay que creer que nuestra ciudad es la más grande, la más gloriosa de las ciudades, que sólo nosotros somos indignos de haber nacido en ella! (Se oye dentro una música.)

AUR. ¿No oís? Esa música anuncia la llegada de Girasol.

FLOR. Girasol llega; vamos, Arlequín; vamos, Lauro.

LAURO No, yo no; id vosotros. Espero aquí a un paje de Julia. Si su padre acude por fin a la fiesta, tendré aviso y...

ARL. Y en ausencia del Magnífico entrarás por una puerta secreta en los jardines de su palacio como otras noches. Y habrá dulce plática con la inocente Julia, tan inocente como su padre.

LAURO ¡Señor Arlequín, no os consiento...!

ARL. Cuidado, joven, cuidado. Ya veo que prendió en ti el discurso del austero espartano. ¿Vas a defender contra mí la inocencia de la hija del Magnífico? Bien está; no te enfades. Yo proclamaré que no la hay más ino-

cente y candorosa. Por patriotismo. ¿Te parece bien? Por patriotismo. Todas las jóvenes de la ciudad son inocentes y candorosas. Austero espartano, vuestro discurso nos ha convencido tanto, que vamos a saludar en Girasol, la bailarina, a la más pura gloria de nuestra patria. Dejemos a Lauro. Vamos, amigos. (Salen Arlequín, Florencio y Aurelio por la izquierda.)

ESCENA V

EL DESTERRADO y LAURO

- DEST. ¿No vais con vuestros amigos?
- LAURO Perdonad, señor, les dije que debía esperar aquí; pero la verdad es que sólo me retiene el deseo de preguntaros...
- DEST. Adivinásteis mi deseo. Yo os responderé a todo, y por mi parte algo he de preguntaros también. Por las chanzas que el señor Arlequín se ha permitido y al parecer os ofendieron, pienso que sois el joven de quien me hablaron apenas llegué a la ciudad, el que... perdonad si también os ofende mi indiscreción, el que según dicen tiene amores con la hija del Magnífico.
- LAURO Señor, acaso os parezca jactanciosa presunción de mi parte. No lo juzgareis así cuando sepais la verdad. Ante todo, por haberme visto en compañía del señor Arlequín y de sus amigos no me juzgueis como ellos. ¿No me habeis visto avergonzado al oír con cuánta razón vuestras nobles palabras afeaban las suyas indignas? Lo que nos habeis dicho lo he pensado yo muchas veces. Si yo lo dijera se burlarían de mí... ¡Como el señor Arlequín y sus amigos son muchos jóvenes en la ciudad, muchos hombres también!
- DEST. Muchos, sí, pero no serán todos... Hay otros muchos, son los más, y lo creo; o quiero creerlo, que aun aman a su patria, que aun trabajan por ella con santo amor. ¿No es verdad?

LAURO

Sí, son muchos; pero son los humildes, los silenciosos, los resignados...

DEST.

Los que sólo esperan la voz del hombre que hable por ellos, que haga callar por siempre esas voces que claman plañideras: ¡Nada somos! ¡Nada valemos! ¡No hay esperanza para nosotros! Y así es la vida de nuestra patria, como un cortejo de enterramiento. Aun el que trabaja y lucha todavía parece también como si enterrara su propio esfuerzo y quisiera decirnos desalentado: Yo sé que nada se remedia, que es trabajo perdido mi trabajo. Y lo que debiera caer como siembra de esperanza en la vida, cae como paletada de tierra en sepultura... Y así van enterrando a nuestra patria...

LAURO

¿Vos fuéteis desterrado de ella?

DEST.

Sí; por amarla mucho. Y más que verme desterrado de ella, sentí que ella de mí se desterraba. Y fué mi tristeza como al apartarnos de su corazón la mujer por cuya felicidad hubiéramos dado la vida, y más que su desamor, más que su desvío, más que nuestra propia desgracia, sentimos, que al apartarnos de ella, ya nada podemos hacer por verla a ella dichosa. Y ya lo veis; ni la injusticia de los que me desterraron, ni lo que fué más triste, la indiferencia de los que debieron impedir mi destierro; la crueldad en los unos, la ingratitud en los otros, bastaron a quebrantar en mi corazón el amor a mi Patria. Desterrado de ella, ella ha sido mi único pensamiento. En todas partes hallé amigos, nobles protectores, pero como el poeta florentino en su destierro, también supe de la amargura que es el subir por escalera ajena... Todos eran bondadosos conmigo, como a uno de los suyos me trataban; y a pesar mío, siempre me sentí extraño entre ellos, y como nunca comprendí lo que es éste sentimiento de Patria, del que se burlan vuestros amigos... porque ellos creen saber la verdad de los males de la Patria... pero no saben la tristeza de haberla perdido y cómo la recordamos entonces con todos sus males. Y si los ma-

les fueran tantos que no hubiera disculpa para ellos, aún sabríamos redimirlos todos en nuestro recuerdo, al decir, con orgullo, como de una grandeza de nuestra patria, cuando otras grandezas no tuviera: Que no hay rosas como sus rosas, que no hay puestas de sol como las de su cielo... que, lejos de la Patria, al recordarla una flor, un celaje, bastan para encender el corazón en amor patrio.

LAURO

¡Sí, cada palabra vuestra me asegura que sois... el que pienso que sois desde que os escucho, el que ya temo que seáis, con desear con toda el alma que no podáis ser otro. Yo no recuerdo de mi padre, pero sé que mi padre vive, y vive desterrado, como vos lo estuvisteis. Era yo muy niño, y al pasar por las calles de la Ciudad, acompañado de algún servidor de mi tío, solía pararse delante de mí algún hombre del pueblo, un viejo tal vez, tal vez un joven, y mirándome fijo, me decía: todos hemos perdido a nuestro padre. Tu padre era nuestra guarda y nuestro amparo, contra el poder y la injusticia de los grandes... Bien merecemos cuanto nos sucede, que antes de consentir que saliera desterrado debimos morir todos... Y esto mismo lo oí muchas veces. Después... ya nadie me hablaba de mi padre; yo preguntaba, y nadie respondía... Mi tío me prohibió por fin que volviera a preguntar nada. Nombrar a tu padre es traer la ruina sobre nuestra casa. Tu padre no volverá nunca, y si volviera, sería su muerte, porque el Magnífico no tiene mayor enemigo, y no le perdonará nunca... Y este es mi temor, que si fuérais... ¡Ah!... ¡Sí! ¡Sois vos, mi padre! ¡Es verdad! ¡Mi padre!

DEST.

¡Hijo mío! Tú amor y el amor a mi Patria era todo mi pensamiento. Al volver, ya sabía que el alma de mi Patria volvía conmigo... Pero temblaba al pensar qué habrían hecho de tu alma... Te encuentro, y te encuentro... hijo mío. Si hubiera hallado en tí a uno de esos jóvenes que te acompañaban... hubiera preferido no hallarte nunca...

- LAURO ¡Padre mío! ¡Mi padre! Pero si es verdad lo que dijeron, que el Magnífico os odia, que volver a la Ciudad es la muerte... ¡No, no es posible!...
- DEST. No, hijo mío. Todo puede temerse del astuto señor Crispín, pero no le creo capaz de tan negra perfidia... No me habría perdonado para asesinarme... tengo su perdón... mira.
- LAURO Sí, son sus armas, las armas de la Ciudad, la firma del Magnífico. No, no hay nada que temer, estáis seguro... ¡Qué alegría! El Magnífico os ha perdonado...
- DEST. Y a su perdón acompañaba esta carta... ¿Tú conoces la letra?
- LAURO ¿Esta letra? Sí; es suya, de Julia, de su hija... ¡Cómo no conocerla! Si esta letra es la que dicta leyes a mi corazón; si esta letra es la que ordena en mi vida alegría o tristeza... una vez más he de besarla, que esta vez me devuelve a mi padre... Ahora recuerdo, pocos días ha, me habló de una alegría muy grande que me esperaba, no quiso decirme cuál sería; casi reñimos porfiando... la hice llorar. Dios mío, cuando ahora me vea llorar de alegría, ¡cómo ha de perdonarme! Si supiérais... ¡Es tan hermosa! No, ¡es tan buena! Si creyérais que yo la amo por ser quien es, os engañaríais... Nuestro amor empezó cuando ni ella ni yo podíamos temer que nunca pudiera separarnos esta grandeza de su padre. El Magnífico aún no la había presentado como hija suya. Vivía como una joven de condición modesta, venía a comprar a nuestra tienda, acompañada de alguna dueña de respeto... Cuando el Magnífico la proclamó hija suya y la llevó consigo a su palacio... nuestro amor era ya más fuerte que todo el poderío de su padre, a quien todo se rinde en la Ciudad; todo, menos mi corazón y el de su propia hija, cuando intentara con todo su poder, con toda su grandeza, arrancar este amor de nuestras almas.
- DEST. (Leyendo la carta.) Bendecid a quien os ama sin conoceros, solo porque sois padre de quien no puede ser mi enemigo.

- LAURO No, no podeis serlo. De su padre tampoco. Os ha perdonado por amor de su hija, y ella pidió vuestro perdón por amor mío... ¿Verdad que ya no le odiais, que no volveréis a ser su enemigo? Entre él, a quien ofendisteis y os perdona, y ese pueblo, al que amábais tanto, por el que tanto sacrificásteis, y os dejó salir desterrado, y ya que no se atrevió a impedirlo, por cobardía, no volvió nunca a pedir vuestro perdón, por ingratitud o por olvido, que todo es cobardía... decid, ¿quien merece vuestra estimación y quien vuestro desprecio?
- DEST. Es verdad, es verdad... No es el Magnífico el más culpable... El ¿sabe de tus amores con su hija?
- LAURO Nada de cuanto sucede en la Ciudad puede escapar a su noticia. Estoy cierto de que lo sabe, pero hasta ahora nada intentó para impedirlo. Nunca se dió por entendido con su hija, según ella asegura, y ella no me hubiera mentido.
- DEST. No obstante, de tu condición a la suya hay tal distancia, que es locura presumir que el Magnífico pueda consentir esos amores... si no es que así conviene a sus intereses. Y es lo que temo. Es hombre que sabe llegar a cuanto se propone, por los más extraños caminos... Acaso mi perdón, que tú crees noble, generoso, sea un engaño más.
- LAURO No, padre mío... Tu perdón es obra de Julia; ella ha sabido que el desterrado era mi padre, y rogó al suyo que te perdonara. Y tú no puedes ser enemigo del padre de la que es para mí...
- DEST. Más que tu padre... Eso has pensado... Puedes decirlo... Así es el amor, y es justo que así sea... Si me dijeras: ¡Padre mío! No tengo más amor que el tuyo en el mundo... Soy muy desgraciado... Me verías muy triste... Me dices: Soy dichoso... porque amo a una mujer más que a nadie en el mundo... Y, si tú eres dichoso, ¿qué importa que ella sea todo y yo nada? No te llamaré ingrato. Y de mí nada temas, que si mayor sacrificio no pudiera hacer por tu

felicidad, yo te aseguro que el padre de tu amada no tendrá nunca en mí un enemigo... Recogeré mi corazón, que tal vez fué orgulloso en demasía, al pretender la gloria de mi Ciudad... Y desde hoy, mi Ciudad será mi casa, y vuestro amor su gloria... Nunca más la tristeza del deber austero, inflexible, que se clava en el corazón, como tronco seco, sin alegría de hojas, sin cantar de pájaros al calor de sus nidos... tronco desnudo que se alza y se recorta sobre el cielo, rígido y geométrico, como palo de horca, que si dice: Justicia, dice: muerte... No, no es humano el deber que por soñar con una humanidad perfecta es inexorable con los hombres... No hay un deber eterno... hay muchos deberes, como hay muchos días y muchas horas en la vida... El deber de ser humildes, de ser compasivos... de perdonar para que nos perdonen... ¿Cómo nos atrevemos a pedir justicia a los hombres en la tierra, si es del Cielo, es a Dios, y temerosos de su justicia, al rezar, sólo pedimos misericordia? (Se oyen dentro unas voces.)

LAURO
DEST.

¡Escuchad! ¿Qué voces son esas?
Sin duda es que llega el Magnífico a la fiesta y la gente se agolpa para saludarle.

LAURO

No; son voces como de asonada... Escuchad...
Dicen: ¡Viva nuestro padre! ¡Viva el padre del pueblo! ¿Será a vos?

DEST.

No es posible. ¿Quién puede saber que estoy en la Ciudad?

ESCENA VI

DICHOS y HOSTELERO por la segunda derecha

HOST.

Pronto... Vete de mi casa, pronto. ¿No oís?

DEST.

¿Qué te altera?

HOST.

Perdón, amigo; pero ya lo ves... por admitirte en mi casa.

LAURO

¿Qué sucede?

HOST.

La gente ha sabido que llegabas a la Ciudad; saben que estás en mi casa, y acuden en tropel a vitorearte como en otros tiempos...

- LAURO Los que no se acordaron de tí en la desgracia, los que nada hicieron por impedirla, ahora, cuando el Magnífico te ha perdonado, pretenden con su griterío alarmar a la Ciudad, prevenir de nuevo al Magnífico, en contra tuya... ¡Miserables! Yo iré, y a palos...
- DEST. Tente, hijo mío... Parece que callan las voces...
- HOST. Vete de mi casa; saldrás por una puertecilla que da al campo... En una noche como esta... cuando no tardará en llegar el Magnífico... Sería mi ruina...
- DEST. No tiembles... ¿Quién?... ¡Ah!, Publio...
- HOST. ¿El señor Publio? Eso es peor.. Si ha sido él quien lo ha urdido todo...

ESCENA VII

DICHOS y PUBLIO por la segunda derecha

- PUBLIO ¡Amigo mío! Hermano mío! Ven a mis brazos... ¿No me abrazas?... ¿Te retiras de mí?...
- DEST. ¡Publio! ¿Eres tú el que trae a esa gente? ¿No has sido siempre mi enemigo? ¿No fuiste tú el que contuvo al pueblo y hasta le volvió en contra mía, cuando quiso impedir mi destierro? Entonces estabas a sueldo del Magnífico...
- PUBLIO No es verdad... Nunca lo he estado. Yo no he servido nunca más que al pueblo... Si fui enemigo tuyo fué porque tú te contentabas con predicarle, y yo he creído siempre que era preciso combatir...
- DEST. Sí... Yo quería que el pueblo tuviera conciencia de sí propio, para que fuera digno de acusar a los gobernantes indignos, más aún, de no poder tenerlos nunca, porque los gobernantes son hechura del pueblo, jamás el pueblo de los gobernantes. Los pueblos débiles y flojos, sin voluntad y sin conciencia, son los que, no solo consienten, se complacen en ser mal gobernados. El mal gobierno es buena disculpa de pícaros y de holgazanes.

- PUBLICO Eso es decir que yo adulo al pueblo y sólo tú le hablas verdad...
- DEST. Tú le mantienes en la ilusión de que todos sus males sólo provienen de estar mal gobernado...
- PUBLICO Y ¿no lo está?
- DE-T. Tú lo sabes mejor que nadie, que de eso vivés... El día en que el pueblo no tuviera por qué quejarse y los gobernantes no vieran por qué temer... Habrías concluído.
- PUBLICO ¿Me insultas? Venía a proponerte la paz, una estrecha alianza...
- DEST. ¿Contigo? Nunca...
- PUBLICO El pueblo te aclama por mí. .
- DEST. No me aclama por ti, me aclama porque tú necesitas asustar al Magnífico para que no te retire su protección, algo rehacia en estos tiempos...
- PUBLICO Para asustar al Magnífico, y para derribarle si quisiera, me basto yo sólo. Y para levantar al pueblo en contra tuya, si no quieres ser mi amigo...
- DEST. Nunca.
- PUBLICO Pues está misma noche sabrá el Magnífico y sabrás tú de lo que soy capaz...
- HOST. Esta noche.. no. . Dejadlo para mañana. La fiesta en mi casa.. Soy un buen ciudadano que vive de su trabajo... No queráis perderme...
- PUBLICO Lo mismo que dije al pueblo que volvías a defenderle, a combatir a mi lado contra el Magnífico y la corte de traficantes que le rodea...
- DEST. Y estorba tus tráficos. ¿No es eso? La competencia es dura...
- PUBLICO Les diré que si te ha perdonado es porque te has vendido a él... y el precio es su hija... que él consiente en casar con tu hijo a cambio de tu sumisión y del prestigio que aún tienes entre el pueblo y hoy habrá terminado.
- LAURO Callad o...
- PUBLICO El mozo es arrogante, ya cuenta con el poder del suegro... Nuevo Leandro de este Polichinela...
- LAURO Callad he dicho...

DEST. Déjale... Nos conocemos. Y él lo sabe...
PUBLIO Sé que mejor te hubiera estado no volver nunca del destierro... porque ahora no será el Magnífico, será el pueblo quien te condena a muerte. No has de ser tú quien se interponga en mi camino. (Sale por la segunda derecha.)

HOST. ¡Señor, Señor!... Ahora quisiera yo que el Magnífico no se dignara honrar mi casa. Si el pueblo se amotina... ¿qué será de mi casa?... Y el señor Publio es capaz de todo. ¿Por qué no aceptaste su amistad? Es mejor para amigo que para enemigo... Si yo pudiera convencerle a lo menos por esta noche... ¡La fiesta de los poetas! ¡Con tantas señoras principales en mi casa!

LAURO No tengas miedo... Las amenazas del señor Publio son siempre productivas. Dejarían de serlo si pasaran de ser amenazas... Todo su malestar es porque el señor Polichinela ha conseguido del Magnífico que se le permita vender todo género de mercancías a los venecianos; el señor Publio quería vendérselas a los genoveses.

DEST. ¡Son hombres listos, hombres emprendedores! Con todo trafican, con todo negocian. Lo mismo venden las reliquias de nuestras glorias pasadas... pinturas, tapices, imágenes de palacios y templos, que trafican y negocian con todo lo presente y todo lo futuro... Son muy listos, muy hábiles... La ciudad se empobrece, la ciudad se arruina... Cuando la ciudad se hunda sobre todos... veremos si tienen la misma habilidad para salvarse ellos con sus hijos y sus riquezas... Entonces sí podremos decir que han sido hombres listos, que han sabido vivir... Veremos entonces si saben negociar con escombros y muertos. Cuando los escombros sean los de su casa y los muertos sus propios hijos... (Cesan las voces.)

HOST. Calla, calla... No seas agorero... Todo estaba tranquilo en la ciudad y vienes a traernos la inquietud y la alarma... Han callado las voces... la fiesta se anima... ¡Señor! Que no ocurra nada esta noche. Mañana... mañana

no importa tanto; la gente estará cansada de la fiesta y no había de hacerse mucho negocio... Los pobres, que vivimos de los ricos, necesitamos que haya paz... sosiego, alegría. ¿No es una gloria ver que todo el mundo se alegra y se divierte? Ved. Aquí llega la hermosa Girasol, rodeada de sus poetas y del señor Leandro, que según se murmura está muy enamorado de ella.

- DEST. Vuelven tus amigos. No quisiera encontrarme con ellos...
- LAURO Tampoco yo quisiera verles ahora...
- HOST. ¿Os vais?
- DEST. Lo deseas por tu tranquilidad y la de tu casa... Pero yo no puedo desairar la cena que me has ofrecido.
- HOST. Y que yo te serviré muy gustoso.
- DEST. Cenaré con mi hijo. ¡Nos debemos tantos años de ausencia!... (Salen.)

ESCENA VIII

GIRASOL, COLOMBINA, LEANDRO, ARLEQUÍN, AURELIO y FLORENCIO por la segunda derecha

- ARL. Huyamos de la multitud. Busquemos el amable refugio de la intimidad...
- GIR. ¿No vendrá por fin el Magnífico?
- ARL. Es lo único que te interesa esta noche. Te advierto, Girasol, que se malograrán tus encantos. Al Magnífico no se le conoce favorita alguna. Es hombre práctico...
- CCL. (A Leandro.) ¿Visteis fiesta más triste y aburrida? Como dispuesta por Arlequín y sus amigos. Los poetas imaginan muy lindamente, pero realizan muy mal sus imaginaciones.
- LEAN. Tú debes saberlo, graciosa Colombina, ya que siempre fuiste amada de algún poeta. ¿Tan desengañada estás de sus realidades?
- COL. Los detesto. No me dejéis, Leandro; vos no sois poeta y no decís tonterías como ellos. No saben que a las mujeres nos aburren los hombres que dicen tonterías. Adoramos en

cambio a los que las hacen .. porque de eso vivimos.

LEAN. ¿Quieres decir que yo soy de los que las hacen?

COL. Habéis regalado un collar de perlas a Girasol. Los poetas no regalan perlas: las aconsonantan con verterlas, pero no las vierten nunca, como no sea en lágrimas, tan falsas como sus poesías. ¿De veras os importa mucho Girasol?

LEAN. Con locura. Y, dime, Colombina. Tú, que a tu buen talento añades la experiencia del mundo que heredaste de doña Sirena, ¿no me dirás hasta cuándo se burlará de mi Girasol?

COL. Decid hasta cuánto y nos entenderemos.

LEAN. Ponga ella misma el precio.

COL. Si sois vos quien se ofrece, el precio es a vos mismo; no es a ella; vos sabréis en cuánto podéis estimaros.

LEAN. En lo que ella estime mi amor.

COL. Vuestro amor, en nada. Vuestra vanidad, que es la que pone el precio, en tanto como vos la estiméis. Pero pienso que os cansáis en vano. La virtud de Girasol no se rendirá por ahora.

LEAN. ¿Su virtud, dices? ¿No se rindió otras veces?

COL. Sí: pero ahora, ¿no sabéis que Arlequín en una de las brillantes prosas que le ha dedicado, escribió que el espíritu de sus danzas era la castidad?

LEAN. ¿Y quién hace caso del señor Arlequín?

COL. Perdonad, antes bailaba Girasol como vuelan los pájaros. Hoy baila mucho peor, pero gracias al señor Arlequín ya sabe el sentido oculto de sus danzas. Cuando nos retrata un gran pintor, y el retrato como obra de arte es admirado por todo el mundo, hay el peligro de que ya toda nuestra vida procuremos parecernos más a nuestro retrato que a nosotros mismos. Ya tenéis explicado por qué Girasol, a lo menos mientras permanezca en esta ciudad, será respetuosa con el espíritu de sus danzas.

LEAN. Es que tú no te prestas a servirme, Colombina. Si tú hablaras por mí...

- COL. Pues bien, voy a ser franca. Le he hablado de vos por complaceros... Pero si viérais que cuando pienso en vuestra esposa, la hermosa Silvia... ¡Ah, señor Leandro! ¿Quién nos dijera que aquel amor que fué el orgullo de nuestra ciudad que ya imaginaba tener unos amantes inmortales como los de Verona...
- LEAN. Ten en cuenta que Romeo y Julieta murieron muy jóvenes, que de su despedida en el florido balcón de Verona a su muerte en la tumba de los Capuletos sólo mediaron unos días de ausencia; si hubieran vivido muchos años de plácido matrimonio...
- COL. Es verdad. Por algo los grandes poetas siempre terminan el amor en la muerte. La muerte es lo único que poetiza el amor. El señor Polichinela debió daros muerte y la enamorada Silvia debió sucumbir de pena. ¡Hubiera sido una hermosa historia de amor! ¿Qué habrá sido de Lauro?
- AUR. ¿Qué habrá sido de Lauro?
- ARL. Habrá recibido el aviso que esperaba y a estas horas estará más divertido que nosotros.
- GIR. Pero, ¿es posible que la hija del Magnífico esté enamorada de un necio como Lauro?
- ARL. ¡Bravo inconveniente ponéis al amor de una mujer! La necesidad de un hombre.
- GIR. Yo no sé cómo puede amarse a un necio.
- ARL. Probad en Leandro. Por vuestro amor sería capaz de arruinar a su suegro el señor Polichinela. Un yerno del señor Polichinela no puede hacer cosa mejor.
- (Se ven aparecer por el jardín, en el foro, a Silvia y Julia.)
- AUR. Amigos, observad... Dos damas enmascaradas nos atisban entre aquellas magnolias.
- ARL. No imaginéis aventuras de amor con damas principales; es la más vulgar aventura de mujer celosa. Una de esas damas enmascaradas es Silvia, estoy seguro. Siempre que su marido acude a una fiesta no tarda en sorprenderle. He sido muchas veces testigo de tan ridículas sorpresas.
- GIR. No estará celosa de mí.
- ARL. Seguramente. Temblad por vuestro tocado.
- GIR. Eso, no; qué se diría. Yo no he dado ocasión

para que el señor Leandro me persiga. Vamos, vamos de aquí.

ARL. Volved a los jardines, yo debo prevenir a Leandro.

(Salen Girasol, Aurelio y Florencio por la segunda derecha)

LEAN. ¿Dices que el lazo de diamantes y rubíes que vende Samuel el judío ablandaría tal vez su corazón? Son treinta mil escudos.

COL. ¿Qué son para vos treinta mil escudos?

LEAN. Para mí, nada... Pero el señor Polichinela cada día está más fuerte, más fuerte que las galeras que por mediación suya ha comprado el Magnífico para defensa de nuestra ciudad, y, que según murmuran todos, tardarán en hundirse lo que tarden en hacerse a la mar.

ARL. Por dicha nuestra, con ellas se hundirán sus seis cañones, de los cuales nadie se atreve a disparar con cinco, después que reventó el primero con que fué a dispararse.

LEAN. Pues si aún supiérais...

ARL. ¿Qué no sabremos, amigo Leandro, del señor Polichinela y del Magnífico? Da gracias a Dios que todo lo hallarás a su muerte. Ahora yo te aconsejo que vuelvas a tu casa. Cerca de aquí rondan enmascaradas. Ya sabes en lo que suelen terminar estos carnavales. Girasol no consentirá que te acerques a ella, porque ya sabes que, gracias a una indiscreta relación que escribí de sus danzas, está comprometida con el público y con ella misma a ser virtuosa.

LEAN. ¿Tú crees que una de esas damas puede ser Silvia?

ARL. Estoy seguro de ello.

COL. ¿Lo veis, señor Leandro? Silvia os ama todavía. Debéis guardarla fidelidad. Ved que en vuestro amor tuvimos parte todos, y todos en la ciudad le miramos como cosa propia. ¡Si mi noble tía, doña Sirena, levantara la cabeza!...

LEAN. ¡Noble doña Sirena! ¡Cómo me hubiera ayudado con Girasol!

COL. ¡Respetad su memoria!

ARL. Las enmascaradas se acercan... Para disimu-

lar, hablemos de cosas indiferentes. ¿Creéis que por fin tendremos guerra?

(*Entran por la segunda derecha Silvia y Julia.*)

LEAN.

COL.

ARL.

¿Guerra decís? ¿Quién piensa en eso?

No habléis de cosas tristes.

Por hablar de cosas indiferentes... (*Salen Colombina, Leandro y Arlequín por la segunda derecha.*)

ESCENA IX

SILVIA y JULIA

SILVIA

¿Lo ves, Julia, lo ves? Ha venido a la fiesta. Y ha venido por esa mujer.

JULIA

Creo que no tenéis razón. Apenas si se ha acercado a ella. Y de Colombina no tendréis sospechas; es buena amiga vuestra. ¿Por qué os atormentáis de ese modo? Leandro os ama como os amó siempre. Cuando mi padre me trajo a la ciudad, todos hablaban de vuestros amores. Era como un cuento maravilloso... Yo os envidiaba tanto... soñaba también con mi Leandro... Y mi Leandro llegó y soy muy dichosa...

SILVIA

¡Pobre Julia, pobre niña ilusionada! Tu Lauro será como mi Leandro... Ya lo ves... Esta noche, esta fiesta, una vez más traen a mi corazón el recuerdo de otra noche, de otra fiesta en que por primera vez nos encontramos. Una canción de Arlequín, cuando Arlequín no era el cínico poeta de ahora, cuando cantaba al amor y a la vida, llegó a nuestros oídos en el silencio de la noche y puso lágrimas en nuestros ojos, y al fin, un beso en nuestros labios, y en nuestro corazón prendió ese anhelo de amor infinito, que es como un alma nueva dentro del alma; como una afirmación de su eternidad.

JULIA

Así es el amor. Y es no temer ya nada en la vida porque sentimos que ya nada en la vida tendrá fuerza contra nuestro amor. Y es afrontar sin espanto la misma muerte, como si fuera no más un dulce sueño entre enamorados, en que uno queda dormido antes que el otro, que no tardará en dormir

el mismo sueño y unidos soñarán con su amor... que ha de ser en el cielo, para los que se amaron en la tierra, como un deshojarse de rosas que fueran besos, como una claridad de luz que acariciara el alma y fuera armonía de todas las músicas y todos los versos y todas las palabras de amor...

SILVIA ¡Pobre ilusionada! ¿Crees en el amor de Lauro? ¿Y no ves que sólo amaré en ti a la hija del Magnífico, como Leandro me amó por las riquezas de mi padre?

JULIA No, no. Lauro me creía pobre, de humilde condición... Cuando mi padre me llevó a su palacio, quiso alejarse de mí, lloró desesperado, por nuestro amor que él creía imposible... Pero no lo será; mi padre es bueno y consentirá que yo sea su esposa.

SILVIA Pero, ¿sabe tu padre que Lauro es hijo de su mayor enemigo?

JULIA Lo sabe, sí; y ya le ha perdonado y ya está en la ciudad... Y ahora será el mejor amigo de mi padre, por mi amor todo, por el amor de Lauro.

SILVIA ¡Ah! Ya entiendo... Tu padre busca apoyo en el pueblo, que ahora el señor Publio quiere soliviantar en contra suya... ¡Ay, Julia mía! Cuando yo me creía dichosa con el amor de Leandro, qué poco pensaba en las intrigas del gobierno y de su política, qué poco me preocupaba la intervención de mi padre en esos tráficos y negocios que son escándalo de la ciudad. Ahora, todo me asusta; perdido el amor de mi esposo, sólo me queda el amor de mis hijos... y tiemblo por ellos.

JULIA ¿Y te preocupas por su suerte? Cuando tu padre aseguró para ellos riquezas fabulosas.

SILVIA ¿Para ellos? Sí. Eso dice mi padre para disculpa suya, que sólo ha pensado en mí y ahora en mis hijos al enriquecerse. Pero... ¿es que debemos pensar sólo en nuestros hijos?

JULIA Vamos, Silvia. Gocemos de la fiesta. Ya has visto que tu Leandro no vino por Girasol como pensabas. Yo aún espero encontrar a Lauro y embromarle bajo la máscara.

- (Se oye dentro una música y voces.) ¿Oyes? es mi padre el que llega a la fiesta...
- SILVIA ¿Piensas descubrirte a él?
- JULIA ¿Por qué no? Le diré que he venido por acompañarte. Mi padre no se enfada nunca conmigo. (Gritos y vocerío.)
- SILVIA ¿Qué sucede? ¡Qué confusión! ¿No es mi padre también el que llega?
- JULIA Sí, es el señor Polichinela. Parece muy alterado...
- SILVIA ¡Oh! Traen a mi madre desmayada. ¿Qué habrá ocurrido?

ESCENA X

DICHO, LA SEÑORA POLICHINELA, COLOMBINA, EL SEÑOR POLICHINELA, ARIEQUÍN, AURELIO y FLORENCIO. DAMAS, CABALLEROS y MOZOS de hostería por la segunda derecha

- COL. Pronto... pronto... traigan agua, esencias... La señora Polichinela se ha desmayado.
- SILVIA ¡Madre mía! ¡Padre! ¿Qué ha sido?
- SR. POL. ¡Ah! ¿Estás tú aquí? Como siempre, detrás del bigardo de tu marido... ¡Buena está mi casa! ¡Bueno anda todo!
- SILVIA Pero, ¿no me diréis qué le ha ocurrido a mi madre?
- SR. POL. ¡Es una mala vergüenzal ¡Sólo en esta ciudad sucede! Al venir a la fiesta, en el camino del Puente ha volcado nuestra carroza... ¡Figuraos cómo estará el camino! ¡Una mala vergüenza!
- SRA. POL. ¡Ay, qué susto! ¡He creído morir!
- DAMA 1.^a ¿Cómo estáis, senora? ¿Os halláis mejor?
- DAMA 2.^a Reponeos, señora...
- SRA. POL. Gracias, gracias a todos.
- SILVIA ¡Madre mía!
- JULIA Señora...
- SRA. POL. ¿Tú aquí? ¡Ah, como siempre! Estás aquí por celar al bergante de tu marido... El malandrín, el buscadotes... Aparta de mi vista... Una dama de calidad como tú no debe rebajarse a ese extremo... Todo será hasta que tu padre haga entender a ese aventurero el respeto que debe a nuestra hija... una hija.

del señor Polichinela... El insolente, el desalmado... que si no fuera por ti, remaría en galeras.

COL. Ya vemos que estáis muy repuesta...
SRA. POL. No ha sido más que el susto. Figuraos, la carroza volcada....

SR. POL. La mejor carroza de la ciudad; aún no hará quince días pagué de ella veinte mil escudos... Un caballo ha quedado cojo, otro está mal herido...

SRA. POL. Y el cochero muerto...

SR. POL. Eso importa poco... Era un bellaco... Debíó Traernos por otro camino. Debíó saber que el camino del Puente... (Óyese dentro vivas al Magnífico.)

ARL. El Magnífico llega.

TODOS ¡El Magnífico!

SR. POL. El señor Crispín, lo celebro, ha de oirme...
¡Es una mala vergüenza como están los caminos!

ARL. ¡Viva el Magnífico señor Crispín!

TODOS ¡Viva, viva!

ESCENA XI

DICHOS y CRISPÍN entra por la segunda izquierda

CRISPÍN Salud a todos.

TODOS ¡Señor!... ¡Gran señor!

CRISPÍN ¿Qué he oído al llegar que la señora Polichinela ha tenido un sobresalto? ¿No me diréis qué ha sido?

SR. POL. Señor Crispín... A vuestras plantas...

CRISPÍN Bésoos las manos, señor Polichinela... ¿Qué fué, decidme?

SR. POL. ¿Qué puede haber sido? La mala vergüenza de esos caminos y de esas calles por dónde no pueden transitar las carrozas de las personas de calidad... Figuraos que al entrar en el camino del Puente...

CRISPÍN ¿El camino del Puente, decís?... Oidme aquí aparte, señor Polichinela. ¿No recordais que cuando se trató en la ciudad de abrir ese camino, fuistéis vos el que no consintió de ningún modo que se encargaran los trabajos

- a otro que a un muy allegado vuestro que se hizo pagar muy lindamente... cuando todos sabemos que por la mitad de coste había quien abriera mejor camino con ventaja de todos?...
- SR. POL. No es razón... Si el camino quedó en mal estado, debió componerse...
- CRISPÍN Y pagar la compostura a otro allegado vuestro... ¡señor Polichinela! como de esas cosas me acusan cada día, los mismos culpables de que sucedan. Es peligroso no asegurar los caminos por donde podemos pasar algún día en nuestras carrozas. Cuidad que, como en el camino, no nos suceda algún día también con la ciudad entera...
- SR. POL. Señor Crispín... ¿Es que ahora vamos a hacernos cargos?
- CRISPÍN Entre nosotros poco importa. Pero sabed, que de un tiempo a esta parte he dado en tener miedo.
- SR. POL. Miedo... vos... ¿Es posible?
- CRISPÍN Y ya sabéis que no hay nadie que a tanto se arroje como un cobarde; de puro miedo no hay cosa a que no se atreva.
- SR. POL. ¿Amenazáis? ¿Queréis hacer conmigo como con el señor Publio? retirarme vuestro favor... Lo pensaréis bien.
- CRISPÍN Lo he pensado...
- SR. POL. ¿Será verdad lo que dicen? ¿Que pensáis apoyaros en el pueblo y para ello quereis serviros de cierto desterrado padre de cierto mozo que enamora a vuestra hija?
- (Voces dentro.)
- CRISPÍN Es posible... Ya sabeis cómo el amor me ha conmovido siempre. ¿Eh? ¿Qué voces son esas? ¿Quién grita? ¿Quién se atreve?
- SR. POL. Ahí tienes la respuesta. Ese es el pueblo. Ya tenía yo noticias de lo que esta noche se preparaba. El pueblo tiene hambre y se indigna contra nosotros porque estamos de fiesta.
- CRISPÍN ¡Bah! Es la gente del señor Publio, la co-nozco.
- ARL. ¿Qué ocurre? ¿Quién grita?
- COL. ¿Qué dicen? ¡Muera el Magnífico!
- JULIA ¡'adre mío, tengo miedo.

- CRISPÍN Nada temas...
SR. POL. Mandad que cargue sobre ellos vuestra guardia suiza...
ARL. No consintáis que se os ultraje.
SRA. POL. Esconded mis joyas... Si llegan hasta aquí...
¿Dónde puedo esconder mis joyas?
CRISPÍN ¿No callaréis? Si falta mi paciencia, yo les juro...

ESCENA XII

DICHOS, EL DESTERRADO, LAURO y EL HOSTELERO por la primera derecha

- DEST. ¡Señor!
CRISPÍN ¿Quién es este hombre? ¿Es de los revoltosos? Creo conocerle.
DEST. Señor, soy vuestro enemigo, lo sabéis, pero soy enemigo leal y quiero hablar al pueblo; al verdadero pueblo que no es el que ahora grita. El pueblo aguarda allí en silencio, confundido con él están los hampones, se cuaces de Publio, y esos callarán cuando el pueblo hable. ¿Me permitis que vaya?
CRISPÍN Ya tardas.
TODOS Vamos, vamos con él... Sí, sí. (Vánse por segunda derecha.)
JULIA ¡Ah, Lauro! ¿Es tu padre? ¿Verdad que es tu padre?
LAURO Sí, mi padre, que gracias a ti ha sido perdonado y ahora por ti, por nuestro amor, hará callar a esas turbas que el señor Publio pretende levantar contra tu padre.
JULIA Si eso hiciera...
SR. POL. A ese precio no es mucho tu hija. Sabes mucho, Crispín... Buscas un lazo de unión entre el pueblo y tú... Es una peligrosa habilidad. (Cesan las voces.)
CRISPÍN Veremos si es habilidad o es el fin de las habilidades.
ARL. Ya callan. (Vuelven a oírse los gritos que aclaman al Magnífico.)
COL. Ahora aclaman al que habló.
ARL. Ahora gritan: ¡Viva el Magnífico!
SR. POL. Pueblo mudable como el viento, como el mar inseguro.

- JULIA Tu padre y el mío unidos en amistad. ¡Qué feliz soy!
- LAURO Qué felices seremos con nuestro amor...
- CRISPÍN Todo en calma. ¡Bravo! ¡El hombre ha cumplido!
- DEST. (Sale por la segunda derecha con Girasol, Leandro, Florencio, Aurelio y mozos.) Señor... Ya veis... Las turbas de Publio se retiraron apenas habló el pueblo que aún conoce y respeta mi voz...
- CRISPÍN Gracias, amigo, gracias... Hemos de hablar los dos... Espero que vendrás a mi palacio.
- DEST. Nunca pisé un palacio.
- CRISPÍN Si lo prefieres, iré yo a tu casa.
- DEST. Señor, el Desterrado no tiene casa. Yo iré a vuestro palacio.
- AUR. ¿No seguirá la fiesta?
- ARL. Ahora más que nunca. Hay que responder al populacho con arrogancia. Creerían que teníamos miedo. . Vuelva la música, traed flores. Llevemos a Girasol en triunfo. (Se oye dentro una marcha triunfal.)
- TODOS Eso es... ¡Viva Girasol!... ¡Viva!...
- (Salen todos por la segunda derecha menos Lauro y Desterrado.)
- LAURO ¿No estás contento, padre mío, no estás contento al verme tan dichoso?
- DEST. Sí, hijo mío. Quisiera estar alegre...
- LAURO ¿En qué piensas todavía? .. No ves que todos se alegran... que nada hay que temer... Venid como todos a la fiesta.
- JULIA (Entra por la segunda derecha.) ¿No vienes, Lauro?
- LAURO Sí, Julia mía. Mi amor, mi vida... Ya no es imposible nuestra felicidad. (Salen por la segunda derecha.)
- DEST. Este es el amor que se juzga vencedor de la muerte, esa es la ciudad alegre que vive confiada... Entre esta alegría que es la de mi patria... esa felicidad que es la de mi hijo... ¿! or qué está mi alma triste, con tristeza de muerte?



CUADRO SEGUNDO

Un salón en el palacio de Crispín

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA POLICHINELA y CRISPÍN, que entran por la derecha.

CRIS. Señora Polichinela, volved a la fiesta antes que sea notada vuestra ausencia.

SRA. POL. Perdonad. Si pensábais traer una bailarina a vuestro palacio, nunca debísteis invitar a damas principales.

CRIS. Señora Polichinela, si me he atrevido a invitarlas ha sido para su seguridad. Como sus maridos hubieran venido, aun sin invitarlos, creí que siempre estarían más tranquilas viendo por sus propios ojos lo que pasaba. Tened en cuenta que si he traído a la hermosa Girasol a mi palacio ha sido por contentar a muchas damas de calidad que rabiaban por conocerla y no se atrevían a presentarse en el teatro donde ella baila. Ya sabéis que siempre me he complacido en facilitar y satisfacer deseos y curiosidades. Por lo demás, ya era hora de que en mi palacio, donde tantos danzantes asisten de ordinario, se danzara alguna vez de verdad y con arte. ¡Verdad y arte! Dos cosas con las que solemos andar reñidos los que gobernamos.

SRA. POL. Pero, ¿creéis que yo puedo autorizar con mi presencia la escandalosa conducta de mi yerno? Tengo bien probada mi discreción en veinticinco años de matrimonio con el señor Polichinela; pero tratándose de mi hija... Ya me conocéis... ¡Ah, señor Crispín, bien nos engañásteis!

CRIS. Yo he sido el primer engañado. Mejor dicho, el amor nos engañó a todos. ¿Quién podía creer entonces que aquel gran amor no era verdadero? Si vuestra hija llora una desilusión que vos deplorais como madre, aún es mayor mi desencanto... ¡Mi señor Leandro, el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, por el que yo esperaba redimirme, es hoy... un yerno más... Y aun hay que agradecerle que sólo corteje bailarinas y sólo malgaste la dote de su mujer... Otros en su caso, con un suegro influyente cortejan los cargos públicos y añaden a la dote algún saneado emolumento a costa del tesoro de la ciudad...

SRA. POL. ¿Y no sería preferible?

CRIS. Para la familia, ¡quién lo duda! Para los demás y tratándose del dinero del señor Polichinela, es más satisfactorio lo que tanto os desagrada. Los hijos y los yernos son de justicia divina, por eso enmiendan tantas veces deficiencias de la justicia humana.

SRA. POL. Bien está. Yo que esperaba que vos le reprendiérais, que le hiciérais entender lo indigno de su conducta...

CRIS. Y tenéis razón para esperarlo. Y no será a él sólo, por desgracia. Muchos otros también han de entenderme. Pero esta noche no quiero entristecer la fiesta, no quiero entristecer a nadie... Una sola palabra mía...

SRA. POL. Me asustáis... decidme, señor Crispín, ¿es que nos ocultáis algo grave? ¿Es que los venecianos se obstinan en sus pretensiones? ¿Es que por fin tendremos guerra? ¡Sería horrible! Vos haréis porque eso no suceda...

CRIS. ¿Yo? ¡He de ser yo!

SRA. POL. Lo podéis todo en la ciudad. Por algo os han elevado a la suprema jerarquía...

CRIS. Sí. Soy el Magnífico... Imagen visible de los

que me elevaron... Los Crispines cobardes necesitan un Crispín valeroso que autorice sus picardías; ellos solos no se atreverían a cometerlas. El sello del Magnífico es su absolución. Como en mis tiempos de criado era yo una parte de mi señor y suyas eran las grandezas y mías las ruindades, así ahora la ciudad me necesita para descargo de sus culpas. . Y soy yo el elegido. Siempre Crispín, el criado siempre.. Pero los pueblos para mayor sarcasmo o para engañar mejor su conciencia, a sus criados nos llaman señores, nos dan una apariencia de gobierno... y ya es nuestra toda la culpa de las culpas de todos.

SRA. POL. Nunca os he visto tan solemne, señor Crispín. ¿Es que tenéis miedo?

CRIS. Sí, tengo miedo.. por las culpas de todos. También remordimiento... que en los demás será rabia y desesperación, que es el remordimiento de los pueblos cuando se creen engañados... ¡Engañados! Pocos serían los males de la ciudad si todo su mal fuera el que yo pude hacer.

ESCENA II

DICHOS. POLICHINELA y PANTALÓN, por la derecha disputando.

SR. POL. Podéis tirar por donde os plazca, pero, ¿pagaros yo? ¡Nunca! ¡Nunca!

PANT. Pero señor Polichinela.

SRA. POL. ¿Oís? Mi marido disputa con el señor Pantalón. Sin duda es por algún dinero que el barbilindo de Leandro le adeuda.

CRIS. Vuestro marido y el señor Pantalón no pueden disputar por otra cosa.

SR. POL. Si creéis que puede importarme que pongáis a mi yerno en prisión... Ya debió ir antes si no lo hubiérais estorbado por vuestra avaricia... Nunca hubiera sido mi yerno y no hubieran caído tantas desdichas sobre mi casa... ¿Habéis oído cosa semejante, señor Crispín? ¡Pretender que yo pague las trampas de mi yerno!

- PANT. ¿Y creéis que si él no fuera vuestro yerno nunca le hubiera yo fiado mi dinero?
- SR. POL. Esa es buena, y ¿qué garantía podía él ofreceros?
- PANT. Vuestro crédito en la ciudad, señor Polichinela, y cuando eso no fuera, el amor a vuestra hija.
- SR. POL. Ta ta ta. Por amor a mi hija, debo alegrarme de que el bribón de su marido se vea por fin en galeras... en cuanto a mi crédito en la ciudad... está muy alto para que mi yerno ni vos podáis comprometerlo. Decid que si le habéis prestado ha sido con la garantía de mi muerte... Eso es, de mi muerte, y sabe Dios, como viérais que se tardaba, como se tardará... que no pienso morirme tan pronto, de lo que hubiérais sido capaces mi yerno y vos por anticiparla.
- PANT. ¡Señor Polichinela! ¡Yo nunca he deseado vuestra muerte!
- SR. POL. ¿Pues con qué otra esperanza prestáis a mi yerno? ¿Qué otra garantía puede él ofreceros? ¡Mi pelleja, eso es!.. ¡Mi linda pelleja! Sois un miserable. El que presta con esa garantía es un miserable...
- PANT. Si el respeto a vuestra esposa y al señor Crispín no me contuvieran... Yo os diría...
- CRIS. Decid, decid... que la verdad purifica el aire.
- SRA. POL. Cálmate, esposo. Si al fin pagarás, como siempre, en cuanto nuestra hija venga a lloraros...
- SR. POL. ¡No, no! Conmigo se acabaron las lagrimetas... Y si nuestra hija es mujer para consentir que su marido arruine mi hacienda... no os ofendáis, señora Polichinela, pero dudaré de que sea hija mía...
- SRA. POL. ¡Ve lo que dices y piensa quien te oye!
- CRIS. El señor Polichinela sabe muy bien que eso no es posible. Hablaba por ponderación.
- PANT. Todo es poner las cosas en puntos de honra que nada tienen que ver con nuestro asunto. ¿Creéis que yo puedo perder mi dinero? ¿Consentiréis que el esposo de vuestra hija, el padre de vuestros nietos, vaya a la cárcel como si fuera un malhechor?
- SR. POL. ¿Decís como si fuera? Y ¿lo ponéis en du-

da? ¡Un malhechor, un malhechor talmentel Salteador de casas honradas, peor que de caminos y si tanto os importa vuestro dinero, pensad cómo habéis de cobraros, que de mí será pleito perdido...

SRA. POL. Señor Crispín. ¿No hablaréis con Leandro? El os escuchó siempre y sólo vos tenéis autoridad con él.

PANT. Y persuadid al señor Polichinela cómo nada le estará mejor que pagarme...

SR. POL. ¿Pagar yo? ¡Nunca, nunca!

CRIS. No os alborotéis, señor Polichinela. Calmaos, señor Pantalón. El señor Polichinela pagará, pagará... Está cerca la hora en que todo se pague. Entre tanto no perturbemos la alegría de esta noche. Esta fiesta hemos de recordarla siempre. Y, oidme aquí, señor Polichinela, vos también, señor Pantalón. He de pedir os un favor señalado.

PANT. Vos mandáis siempre.

SR. POL. Siempre me tenéis a vuestro servicio.

CRIS. Terminada la fiesta, esta noche, hemos de hablar aquí. No me faltéis. Otras personas muy significadas han de venir... Y entre todos ha de decidirse algo que mucho importa.

SR. POL. ¿No podéis decirnos?

CRIS. Todavía, no. Debo atender a mis convidados. Señor Polichinela, señor Pantalón, no disputéis ahora por unas migajas. Si sucediera lo que yo no sé si temo o deseo, pronto tendréis un festín espléndido... que tal vez hayáis de compartir con algunos de tan buen apetito como vosotros.

SR. POL. ¿Qué queréis decirnos?

CRIS. Nada que importe. Estos días revolotea sobre la Ciudad una bandada de cuervos... Temibles competidores; pero no serán tan voraces; algo dejarán. Habrá para todos. (Sale por la derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos CRISPÍN

- PANT. ¿Oísteis, señor Polichinela?
SR. POL. De poco tiempo a esta parte se permite tratarnos de un modo...
- PANT. El siempre fué insolente.
SR. POL. Está envalentonado desde que el padre de ese mozo que enamora a su hija volvió de su destierro... Al casar a su hija con el hijo de un ciudadano piensa que todo el partido popular estará de su parte y fuerte con su apoyo, tal vez quiera prescindir de los que le elevamos... Ya véis cómo nos trata... El no sabe que si casa a su hija con ese mozo... ese mozo será otro Leandro como el nuestro. Y bien estará que así sea, que en este mundo todo se paga.
- PANT. Vos lo decís. Ved por donde lo que vuestro yerno es en deberme ha de pagárseme.
SR. POL. ¡Señor Pantalón, ya eso es monomanía! No pensáis más que en vuestro dinero. Y hay muchas cosas en el mundo más importantes que vuestro dinero.
- PANT. Para vos, sí: el vuestro.
SR. POL. Es que vos no iríais ganando nada con que yo me arruinase. Si no, decidme: ¿que dinero tenéis mejor colocado? El que yo os administro en especulaciones lucrativas que vos estais tan interesado como yo en defender. Figuraos que el señor Crispín quiere emanciparse de nosotros.
- PANT. ¡Imposible! Sin nuestro dinero no podría sostener un solo día la farsa de su gobierno.
SR. POL. Es cierto. Pero sin la farsa de su gobierno no podríamos sostener la verdad de nuestro dinero... Crispín nos necesita, pero nosotros también le necesitamos... Si está disgustado hay que contentarle.
- SRA. POL. Si queréis creerme, el señor Crispín ha debido tener esta noche algún disgusto y ello debe ser cosa grave... tal vez la guerra...

- PANT. ¿La guerra?... No es posible... Los venecianos no pueden declararnos la guerra.
- SR. POL. Los genoveses son amigos nuestros. Si la guerra fuera con los venecianos sería mi ruina... Con los genoveses menos mal... yo no trato ni comercio con ellos.
- PANT. Pues mi ruina sería de cualquier modo... Que yo con todos trafico y aun mañana al amanecer habrán de zarpar por mi cuenta dos galeones abarrotados de trigo... que vendí a unos y a otros...
- SR. POL. Y yo que había de enviar mosquetes y pólvora a los venecianos...
- PANT. Perdonad... Esa pólvora y esos mosquetes, ¿son como los que vendisteis al Magnífico para nuestros soldados?..
- SR. POL. ¿Por qué lo decís? ¿No tuvisteis buena parte en las ganancias?...
- PANT. Por eso lo digo...
- SR. POL. Esta pólvora y estos mosquetes que yo mando ahora a los venecianos, son para la guerra... Los que aquí vendimos eran... como para tiempos de paz... Ni el Magnífico nos pagó entonces como los venecianos pagan ahora...
- PANT. Sí, pero si ahora tuviéramos guerra, pensad qué había de hacerse con esas armas y esa pólvora.
- SR. POL. El valor de nuestros soldados lo supliría todo... Saben morir con denuedo... Y cuanto más corta fuera la resistencia... Cuando no se puede vencer.. una guerra corta puede ser lucrativa... Una larga guerra y al fin la derrota sería la ruina de todos. Y como no es posible pensar en vencer...
- PANT. No puede pensarse.
- SRA. POL. ¡Callad, callad! ¡Sería horrible!
- SR. POL. Dejaos de espavientos y volved conmigo a la fiesta... Yo he de saber esta misma noche la verdad de lo que sucede. Si fuera la guerra... de saberlo esta noche a saberlo mañana... importa mucho...
- PANT. ¡Cómo si importa!... Figuraos que pudiéramos antes..
- SRA. POL. ¡Sería horrible, sería horrible! (Salen por la derecha.)

ESCENA IV

GIRASOL, COLOMBINA, EL DESTERRADO, ARLEQUIN, LEANDRO
AURELIO y FLORENCIO, entran por la izquierda

- AUR. ¡Divina, incomparable!
- FLOR. Hoy has bailado como nunca.
- GIR. Hoy he bailado para vosotros. ¿Estáis contentos de mí?
- FLOR. Siempre así, siempre nuestra.
- ARL. Eres el momento y la eternidad, lo fugitivo y lo inmutable; mármol y nube. El rizo de la espuma en la ola sucesiva y la inmensidad del mar que se aquietta al confundirse con el cielo.
- COL. ¡Cuánta cosa en un baile! ¡El diablo son estos poetas!
- LEAND. ¡Qué hermosa está... qué hermosa...!
- COL. Vos estáis en lo cierto... Es muy hermosa y baile como quiera...
- ARL. Esta noche has conseguido el mayor triunfo; que el austero espartano te aplauda y te celebre...
- DEST. ¿Por qué no? Las danzas de Girasol son de un arte gracioso y noble.
- ARL. Como censurais tanto nuestra admiración por las bailarinas y los desbravadores de potros...
- DEST. Nada de eso, mis poetas amigos. No es vuestra admiración lo que yo censuro; es el modo de vuestra admiración... Supuesto que ella fuera excesiva hasta llegar a ser un vicio de vuestro carácter, yo nada tendría que censuraros si de ese vicio hiciérais una fuerza, no una debilidad. Los hombres, como los pueblos, quizás emprenden más grandes cosas por defender sus vicios que por afirmar sus virtudes. Solemos poner más pasión en nuestros defectos y la pasión es lo más parecido a la energía y está muy cerca de ser voluntad. Nada diría yo de vuestros defectos si os viera decididos a luchar por ellos, a defenderlos como algo que es tan nuestro, como una virtud... Pero veo que de ellos ha-

céis debilidad, humillación; que ante los extraños tratáis de disculparlos como algo vergonzoso... Y yo quisiera que ellos fueran una razón más de vuestra vida. ¿No sabéis lo que dijo Lutero de los pecadores? Ya que pequéis, pecad enérgicamente... Y bien dijo, que quizás probamos en nuestros pecados la voluntad que hemos de poner en la virtud algún día. Pero el vicio cobarde y desmayado, el pecador que peca y desfallece, ni es de Dios ni es del diablo. Así pusiérais tanta voluntad, tanta pasión en vuestras culpas, que estuviérais dispuesto a defenderlas con vuestra propia vida. A la hora de combatir que me den hombres que luchen por algo, virtud o vicio. Con chusmas de bandoleros se fundaron grandes ciudades, se conquistaron mundos; con virtudes discretas y vicios temblorosos fueron desvaneciéndose como niebla, pueblos y razas que ni siquiera espantaron al caer, porque no fué caer el suyo, fué desmoronarse...

ARL.

Sin duda vos sabéis de ese desmoronarse sin grandeza. Hubo un hombre en esta Ciudad cuya voz se alzó siempre contra toda injusticia y toda tiranía... El Magnífico le desterró por miedo. Después se dignó perdonarle y ha vuelto a la Ciudad el Desterrado; pero el pueblo aún espera a su tribuno, a su defensor de otros tiempos... ¿Sabéis qué ha sido de él? Dolorido por las persecuciones se rindió a la blandura del halago y su voz ya no truena contra los poderosos; asiste a sus palacios y a sus fiestas, bien hallado entre ellos. Para no olvidar sus rugidos que ponían espanto en los tiranos y opresores del pueblo, hoy bosteza sin convicción su oratoria, donde sabe que nada ha de perturbarse; en el propio palacio del Magnífico. El león está domesticado. ¿No es esto desmoronarse un alma noble y fuerte?

DEST.

¡Porque me veis aquí pensais que ha sido mi abdicación! Ya no hablo al pueblo, estoy en el palacio del Magnífico... Pero, ¿creeis que es mayor valentía gritar la verdad a los grandes desde la plaza pública, defendido por

turbas hambrientas y amenazadoras, que venir indefenso y solo a sus mismos palacios a decirles la verdad frente a frente? Cuando yo no diga verdad podéis decir que he dejado de ser el que era. Concitar el odio de los hambrientos, de los desesperados que padecen injusticia y miseria para que amenacen, exijan y destruyan, es más fácil que persuadir a los poderosos de la tierra, el amor que apacigua, edifica y concede... Cuando el amor no sienta a la justicia en su trono, el odio la sustituye con la venganza, porque el trono de la justicia no puede estar vacío. Es como el Sol; si su luz y su calor le faltaran al mundo, para no perecer de frío, el mundo entero ardería en incendios de hogueras... Yo he subido a lo alto para encender el sol de la justicia; si el sol no alumbra... tiempo habrá de encender las hogueras, aunque todo lo consuma el incendio.

GIR. He aquí un hombre en quien yo quisiera probar la fuerza de mis encantos

AUR. Serías nueva Salomé de un nuevo profeta. Qué prodigiosa sería tu danza ante el Magnífico para obtener en pago la noble testa del austero espartano.

GIR. El austero espartano, como le llamais, es muy divertido... ¿Quisiera saber lo que piensa de mí! ¿Queréis decírmelo?

DEST. Que sois la única que cumple con su deber en esta Ciudad.

GIR. Ya lo oís.

DEST. Vuestro deber es ser hermosa y bailar con arte. Es divina vuestra hermosura y en vuestro arte sois maravillosa. Sobre vuestro sepulcro—tarde sea—podrá escribirse el latino epitafio que ilustró en Roma a una de vuestras antecesoras. *Saltavit et placuit*: Danzó y agradó... Como compendio de vuestra vida me parece admirable. Lo triste es que haya en la Ciudad muchos hombres que no parece sino que quieren disputaros el honor de esa inscripción mortuoria... Y solo debieran contentarse con la primera parte, porque ellos, si es verdad que danzaron, pero sin agradar.

ARL. El discreteo de la corte no dice bien a vuestro carácter. De espartano estais mejor que de ateniense...

ESCENA V

DICHOS y LAURO por la derecha

- LAURO Amigos... Privais a la fiesta de la que es reina en ella. Devolvednos a Girasol. Su hermosura y su arte pertenecen a todos... Al amor mismo no le consentiríamos que intentara robarla a nuestra admiración.
- GIR. Con las artistas, por desgracia nuestra, los enamorados son más discretos que los admiradores.. ¿Verdad, Leandro?
- LEAN. Si llamais discreción a la timidez. Pero mi timidez no es falta de mi amor. Os había prometido un cintillo de diamantes para la fiesta y el cintillo no luce en vuestra garganta.
- GIR. Si vuestro amor fuera tan grande como decís luciría el cintillo en mi garganta.
- LEAN. No conocéis al señor Polichinela, al señor Pantalón, a todos los mercaderes de esta Ciudad...
- GIR. ¿No son famosos los estiletos que en ella se fabrican?
- LEAN. ¿Quisiérais que fuera ladrón y asesino por traeros esos diamantes?
- GIR. No, Leandro; quisiera que no pusiérais tanta ponderación en vuestro amor si vuestro amor no es capaz de todo.
- LEAN. Habéis de ser mi condenación. Yo os juro que el cintillo no tardará un día más en adornarse con vuestra garganta.
- GIR. Muy lindo pensamiento para un madrigal. Veremos si sabeis darle forma.
- LAURO Padre mío, el Magnífico te espera, quiere hablar contigo de algo muy importante... ¿No sabes? Por fin es la guerra.
- DEST. Lo esperaba. Los venecianos exigen de nosotros una humillación...
- LAURO Para asegurarse de los genoveses, quieren que les entregemos nuestra Ciudad.

- DEST. Y el Magnífico y los suyos están prontos a complacerles. Y pedirán que sea yo el que hable al pueblo... ¿No es eso?
- LAURO No, padre... No conoces tú al Magnífico... Es grande en su ambición y no escuchará la humillante demanda de los venecianos. Pero él no puede hablar al pueblo. No está limpio de culpa y no le escucharían. Sólo tú puedes despertar el alma de la Ciudad. Eso quieren de ti.
- DEST. Y se atreve el Magnífico... ¿No sabe que si la Ciudad despierta será para alzarse contra él y contra todos los suyos?
- LAURO Sí, lo sabe y lo desea.
- DEST. Es tanta su grandeza... ¡Si de tanto fuera capaz!...
- LAURO Calla. Nos observan. Aún no debe sospechar nadie lo que sucede. Mientras todos se divierten con las danzas de Girasol, te llevaré conmigo, donde podáis hablar. Hermosa Girasol, el Magnífico desea que la fiesta se dé por terminada. Pero antes quiere que baileis todavía aquella admirable danza que llamais danza en la cena de Baltasar, la más admirable de vuestras danzas, cuando el ritmo de voluptuosidad se quiebra y descoyunta en crispación de espanto, al figurar que las palabras fatídicas se aparecen en la sala del festin, agoreras terribles de destrucción y muerte.
- ARL. Sí, es una danza admirable.
- LAURO El Magnífico quiere que con ella sea vuestra despedida.
- GIR Sólo deseo complacerle.
- ARL. Y todos admirarte.
- GIR. Vamos, cuando gustéis...
(Salen todos por la derecha, menos Leandro y Colombina.)

ESCENA VI

COLOMBINA y LEANDRO

- COL. No vayais, Leandro. ¿No veis que se burla de vos?
- LEAN. ¡Si ella supiera que el cintillo está en mi

poder, que será suyo... Pero esta noche no podía ofrecérselo. Yo creí que Silvia no vendría a la fiesta, y ya lo veis, está aquí...

COL. ¿Y es suyo ese cintillo que ofrecísteis a Girasol? ¡Ah, señor Leandro! ¿Qué habéis hecho? Por suerte, Silvia aún no habrá advertido su falta.

LEAN. Sí, la advertió al adornarse para la fiesta. Pero no ha sospechado de mí...

COL. A su amor teneis que agradecer esa ceguera. Otra mujer, celosa como ella, no hubiera tardado en sospecharlo. Ved cuánto os estima todavía, cuando os estimais en tan poco.

LEAN. Y, ¿qué hacer, si los usureros de la Ciudad se niegan a prestarme? ¿Cómo conseguir a Girasol?... Y ya es más que un deseo, es todo mi amor propio puesto en conseguirla.

COL. No conocéis a las mujeres. Bastará que ella lo entienda así, para que ponga toda su vanidad en despreciaros...

LEAN. Es que el hacerme suyo ha de halagar tanto su vanidad... Crispín ha de servirme como siempre. Yo que nunca he querido figurar para nada en el gobierno de la Ciudad, he de pedirle ahora algún cargo elevado que deslumbre la vanidad de Girasol.

COL. Era lo único que le faltaba al buen gobierno de la Ciudad. ¡Los cargos públicos convertidos en espejuelos para cazar alondras volanderas! ¿Os sentís ambicioso?

LEAN. Suprime la vanidad en las mujeres y habrás suprimido la mitad, por lo menos, de ambición en los hombres.

COL. Aquí llega Silvia con su madre. Sin duda se retiran de la fiesta. Nada podéis hacer mejor que acompañarlas...

ESCENA VII

DICHOS, SILVIA y la SEÑORA POLICHINELA por la derecha

SRA. POL. Yerno; Silvia y yo volvemos a casa. Tú eres el que menos debe ignorar que la fiesta no ha sido muy divertida para nosotras. Cuan-

- do un marido olvida el respeto que debe a su esposa y el decoro que a sí mismo se debe, como tú los has olvidado...
- LEAN. Señora Polichinela... medid vuestras palabras.
- SRA. POL. No temáis. No he de descomponerme... hasta llegar a casa. Pero allí tendréis que oirme.
- COL. ¡Señora Polichinela!...
- SILVIA Por favor... Volvamos a casa.
- LEAN ¿No os acompaña tu padre?
- SRA. POL. El señor Polichinela ha de tratar asuntos de importancia con el Magnífico y no puede acompañarnos. ¿Supongo que no pensaréis que volvamos solas.
- LEAN. En vuestra carroza. ¿Por qué no? Pensad que yo también he de hablar esta noche con el Magnífico apenas termine la fiesta.
- SRA. POL. No busquéis pretextos. El Magnífico no te necesita para nada. ¿Qué puede significar un botarate como tú para resolver asuntos de importancia?...
- LEAN. Permitiréis que no siga escuchando vuestras impertinencias...
- SRA. POL. Ellas serán impertinencias, pero habéis de escucharlas... Lo que tú pretendes es quedarte aquí para seguir escandalizando con tu persecución indecorosa y tus miradas procaces a esa hija de Babilonia...
- LEAN. ¡S ñora Polichinela!
- SILVIA Por favor...
- SRA. POL. Déjame hablar, que no me descompongo...
- LEAN. Vé con tu madre. Yo no he de acompañaros.
- SILVIA Eso no, Leandro. No me dejes ir sola. Tú no sabes lo que yo he padecido esta noche... ¡Ten compasión de mí!
- LEAN. Dejád locuras... ¡Qué llanto impertinentel...
- COL. ¡Pobre Silvia! ¡No llores! Yo os aseguro que no hay razón para ello...
- SRA. POL. ¡En qué mala hora llegó este mal hombre a la Ciudad! ¡Y en qué hora peor pusiste en él los ojos!... ¡Y cómo supo engañarnos a todos!...
- LEAN. Volved a casa os digo, dejaos de llantos...
- SILVIA No, no, soy tu mujer, tu Silvia... Si tú me aborreces, yo te quiero, te quiero... te querré

siempre. Y ninguna otra mujer puede disputarme tu cariño. Si te niegas a acompañarme volveré a la fiesta y delante de todos le diré a esa mujer...

LEAN. ¡Basta ya, digo!... Volved a casa o...

SILVIA ¡Oh!

SRA. POL. ¿Qué es esto? ¿Amenazas a mi hija? ¡Y esto ha de sufrirse! Favor... aquí todos... que matan a mi hija...

LEAN. Estais loca... Señora... Callad también o...

COL. Señor Leandro...

SRA. POL. No... conmigo no... Si el señor Polichinela ha podido ponerme alguna vez la mano encima... tú no eres mi marido y no he de consentirlo... Ahora verás...

COL. No os olvidéis de quien sois, señora Polichinela...

SRA. POL. Quitádmelo, quitádmelo o le dejaré bien señalado...

COL. Ved quién llega.

ESCENA VIII

DICHOS y CRISPÍN por la derecha

CRIS. ¿Qué es esto, señora Polichinela? ¡Que siempre he de hallaros sobrealtada!

SRA. POL. Yo os aseguro que si no llegais tan a tiempo, esta noche a más de las danzas, hubierais tenido tragedia en vuestro palacio.

CRIS. Ya entiendo... El señor Leandro...

SILVIA Crispín, amigo mío... ¡Soy muy desdichada!

CRIS. ¡Ah, mi señor Leandro! ¿No sabéis que yo quiero a Silvia como a mi propia hija? ¿Qué habéis hecho uno y otro de aquel amor que era la disculpa de mi vida?...

SRA. POL. Señor Crispín, libradnos de este mal hombre... Desterradle de la Ciudad, enviadle a galeras...

LEAN. Está loca...

CRIS. Callad, señora Polichinela. Volved a vuestra casa, y vos también, Silvia, volved con vuestra madre. Y no paséis cuidado, que Girasol se ha despedido y yo diré al señor Leandro lo que hace al caso...

- COL. Vamos, señora... vamos, Silvia. Confíad en Crispín que es único para componer dificultades.
- SRA. POL. Señor Crispín, ved que no ha de deciros una palabra de verdad.
- CRIS. Poco importa. La verdad que yo he de decirle es la que ha de poner orden en su corazón. Esta noche quisiera hablar al corazón de todos y temo que ninguno me responda como yo quisiera... (Salen todos menos Crispín y Leandro por la izquierda.)

ESCENA IX

CRISPÍN y LEANDRO

- CRIS. ¿No recuerdas, Leandro? En nuestra vida aventurera hubo una hora que decidió de nuestra suerte. La hora en que a nuestra ruindad supimos enredar las ruindades de todos, en que la misma codicia de los que nos perseguían fué nuestra salvación. Siempre juzgué a los hombres despreciables, y aquel día me hubieran parecido más despreciables que nunca, si sobre tanta ruindad y tanta bajeza no hubiera resplandecido el amor de dos criaturas. ¡Erais tú y Silvia!... Sobre todo aquel amasijo de miserable humanidad, contemplaba yo vuestro amor, como contemplé tantas veces, encarcelado, por la claraboya de una prisión, aquel rondelillo de cielo azul, que con asomarse apenas a la negrura de la cárcel, embebido en el ansia de mis ojos, se entraba por el corazón y era como si el alma se llenase de cielo. Por vuestro amor pude salvar la fe en mí mismo. Y creer en nosotros es creer en algo superior a nosotros mismos, porque sólo el que nada divino siente en su alma, puede dudar de Dios... Tú no sabes lo que tu amor a Silvia ha sido para mí. Hundidos mis piés en la tierra, la luz de tu amor era como una estrella que me obligaba mirar al cielo. Mal hiciste en apagar su luz. Cuando en nuestra alma se alza una luz, por humil-

de que sea, si por desilusión o por cansancio quisiéramos apagarla, debemos pensar antes que ya no es sólo nuestra la humilde lucecilla, que si perdió ya su valor para nosotros, acaso es en la vida única estrella para algún caminante de la vida, que sin su luz perdería el camino en las noches oscuras de su alma.

LEAN. No me culpes, Crispín. Tú conoces el corazón del hombre, tú sabes que el amor apasionado es una fiebre que sólo se cura con una medicina: el matrimonio. Quiero y respeto a Silvia, y aún la querría más si entre nosotros no se interpusiera siempre la odiosa joroba del señor Polichinela. Su tiranía no me consiente ser otra cosa que su yerno. ¡El yerno del señor Polichinela! Título vergonzoso... Por olvidarlo, procuro aturdirme... Esa es toda mi culpa.

CRIS. Pues ocasión tendrás muy pronto de aturdirte, de ennoblecer ese dictado vergonzoso, como tú lo juzgas ahora...

LEAN. Ocasión, ¿dices?

CRIS. De mostrarte como yo imaginaba... El señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, que vinieron a dar en perseguir bailarinas. Escúchame, Leandro; sin duda es el destino del pícaro Crispín, que en vano intente alzar su espíritu sobre las miserias del mundo. Amarré a mi interés sus intereses, y hoy pueden todos más que yo, y amarrado más que nunca a la tierra me encuentro... Y hoy, es en vano mirar a lo alto, como entonces, cuando tu amor era como una estrella... Esta noche, ahora mismo, solicitados por mí, verás aquí reunirse, como en aquella hora decisiva de nuestra vida, intereses, codicias, y ruindades... Entonces teníamos que salvarnos y salvar tu amor... Hoy... no sé que pueda salvarse... Y algo que importa más que nuestras vidas, más que tu amor, es lo que va a perderse... ¿Qué ha de perderse, Crispín? ¿Quieres decirme?

LEAN.

CRIS. ¡La Ciudad!

LEAN. ¿Es la guerra?

- CRIS. Sí, es la guerra...
- LEAN. ¿No hay medio de evitarla?
- CRIS. Sí, uno muy fácil, muy cómodo... El que acaso parecerá muy aceptable a todos esos que pueden decidirlo...
- LEAN. Y ese medio, ¿cuál es?, si no hay otro ..
- CRIS. La vergüenza de entregarnos al extranjero...
- LEAN. Los venecianos exigen...
- CRIS. Hacerse dueños de nuestra Ciudad. Dicen que somos demasiado amigos de los genoveses.
- LEAN. Y, ¿son ellos los que han de decidir de nuestras simpatías y nuestras amistades?...
- CRIS. Tienen razón .. si pueden... Y si pueden, solo es nuestra la culpa. Ahora, Leandro, fíe en tí, que serás ejemplo y estímulo de nuestra juventud... Necesitamos soldados... A tus órdenes pueden alistarse muchos, y guiados por tí... ¿Qué respondes, Leandro?
- LEAN. ¿Puedes dudar?
- CRIS. Si en esta hora de peligro y de angustia despierta tu alma, lo mismo despertará el alma de la Ciudad.
- LEAN. ¿A tu voz?
- CRIS. No; mi voz es indigna, y sería cobarde. La voz del Desterrado será la que hable al pueblo. En él está lo mejor del alma de la Ciudad.
- LEAN. Y, ¿encontrarás el alma de la Ciudad?
- CRIS. Juzga por tí mismo .. Hace un instante apenas, cortejabas aquí a una bailarina, y era todo en tu corazón frívola indiferencia... El deber: ¡Qué lejano! El placer: ¡Qué cercano! Era lo único que valía la pena de vivir. Y ahora, dime. ¡Ante el peligro de nuestra Ciudad, tu patria de corazón, porque es la patria donde amaste a una mujer por vez primera, y esa mujer es madre de tus hijos! ¿no sientes de otro modo? ¿No ha despertado tu alma como una afirmación de remordimiento, de responsabilidad, que tú mismo no sospechabas? Cuando faltamos a cualquiera de nuestros deberes, para no ver la falta, preferimos decir que el deber no existía. Suprimimos, por no decir que hemos olvidado. Pero de los deberes y los no-

bles sentimientos del alma, es como de las dolencias, no sirve aturdirnos para no sentir las. No sirve decir: nada me duele, cuando el dolor existe. Y el amor a la patria alienta siempre en nuestro corazón, si en nuestro corazón hay sentimientos de hombre nacido de mujer. Al correr de la vida acaso vamos desentendidos de él, por indiferentes o por desengañados, tal vez por ofendidos; pero en la misma amargura, en el encono acaso con que maldecimos alguna vez de nuestra patria, está su amor, como en la mano que golpea a la mujer amada que hizo traición a nuestro amor... Vé, Leandro. Diles a todos que aquí les aguarda el Magnífico... dispuesto a luchar contra ellos por la Ciudad, como luchó Crispín por tu amor. Pero ahora... nada podrá Crispín. Entonces, esos mismos, por su propio interés, tuvieron que salvarnos. . Ahora, nada podrá salvarse, que de tanto salvar sus intereses. . todo se habrá perdido. Pero la Ciudad no se humillará al extranjero. Cuento con sus soldados y cuento con su juventud, que no toda es como el señor Arlequín y sus desmedrados poetas... ¿Verdad, Leandro? ¿No serás tú el primero en combatir por nuestra Ciudad? Si no bastó el amor de Silvia, el amor a la patria puede redimirte y redimir el dinero del señor Polichinela. Vuelve a ser conmigo, tan distinto de mí como yo soñaba que fueras... El señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, el espíritu de Crispín, libertado de las miserias de su vida... Vé a una muerte gloriosa, que tu Crispín, tu fiel criado, su vida, sombra de la tuya, como la sombra al cuerpo, ha de seguirte. (Sale Leandro por la izquierda. Crispín va hacia la puerta derecha y entra el Desterrado.) Llega. . ¿Hablaste con tu hijo?

DEST.

Sí.

CRIS.

¿Sabes entonces?

DEST.

Sí... Es la guerra o la humillación.

CRIS.

Y, ¿qué has pensado?

DEST.

¡Pensar, pensar!... Todo debiera estar pensado, y ahora bastaría sentir, como sienten

los pueblos fuertes y unidos en el santo amor a la patria. Pero ahora, ¿dónde está el alma de la Ciudad? ¿En los que negociaron con los venecianos, y por asegurar sus negocios hubieran querido enviar a nuestros soldados de su parte, y ahora, en cambio, intentarán oponerse a que los enviemos en contra suya? ¿En los que negociaron con los genoveses y antes quisieran vernos combatir a su lado que combatir por cuenta nuestra contra los venecianos? ¿En los que esquilmaron la Ciudad de víveres y pertrechos de guerra y hasta hicieron su lucro de enviar nuestros hombres al extranjero como una mercancía? ¿En los que nos proveyeron de pocos barcos y pobre armamento? ¿En los que predicaron no sé qué santo amor a la humanidad, que es amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro, como si nosotros no fuéramos también humanidad?... ¿En los que temblarán por su dinero, comprometido con los venecianos o con los genoveses, los que querrán salvar el que atesoran o querrán ponerlo a mayor precio?... ¿Dónde encontraremos el alma de la Ciudad?

CRIS.

¡Mi Ciudad! Porque yo fui el primer miserable en todas sus miserias, el primer egoísta en todos sus egoísmos... Ahora... por encontrar su alma entre tantas ruindades, quiero volver mis ojos a una Ciudad ideal... que mereciera por salvarla todos los sacrificios... Esa Ciudad yo he creído verla, al pasar por sus calles, al recorrer sus campos... No eran estos hombres que me rodean... Eran otros hombres, con sus mujeres y sus hijos, de los que no sabemos, a los que no contamos uno a uno, porque ellos son los miles; buenos para trabajar, buenos para soldados, buenos para sostener las cargas de la Ciudad, buenos para sufrir nuestros desmanes y nuestras injusticias... Y en esta hora es cuando veo con espanto que ellos son la verdadera Ciudad... que ellos son sus hombres... Pero tampoco está en ellos el alma que yo busco, que el alma de los pueblos no debe ser la resignación, sino la for-

taleza con la serenidad... Y ellos aceptarán la humillación que les impongamos, contentándose una vez más con maldecir y murmurar de nosotros... La Ciudad está sin alma... Si no lo estuviera, si no lo hubiera estado siempre... ¿Cómo pudieran juntarse en esta hora Crispines y Polichinelas a decidir su suerte?

DEST. La Ciudad ideal ha de purificarse por la sangre y el fuego, por su propio dolor ha de redimirse.

CRIS. Ya están aquí... Ven a mi lado, muy cerca de mí, que nos vean unidos... Y así pudieran verte a tí solo, que de nada tienes como yo que avergonzarte ante ellos...

ESCENA X

DICHOS y POLICHINELA, PANTALÓN, PUBLIO y EL CAPITÁN
por la derecha

SR. POL. A vuestro mandado, señor...

CAP. Señor...

CRIS. Sentaos todos. Escuchadme. La Señoría de Venecia me ha comunicado por medio de su embajador, para que en el término de dos días, entreguemos el puerto de nuestra Ciudad, con todos sus fuertes. De no acceder a su demanda amistosa, nos declarará la guerra como a enemigos...

SR. POL. ¿La guerra?

PANT. ¡La guerra!

SR. POL. No puede ser...

PANT. Sería horrible...

PUBLIO Habréis contestado que...

CRIS. Yo, por mí, y en nombre de la Ciudad, no he dudado un instante lo que ha de responderse...

CAP. ¿Quién puede dudarlo? La guerra.

SR. POL. Todo antes que la guerra.

PANT. ¡Todo...! todo!

CAP. Todo antes que humillarnos al extranjero.

PUBLIO Hablais como soldado.

CAP. Como ciudadano ante todo...

PUBLIO La guerra es vuestro oficio.

CAP. Algo más noble que el vuestro, de perturbar la paz. Un oficio, como decís, en que se arriesga y se pierde la vida. ¿Podéis decir otro tanto del vuestro?

PUBLIO La guerra es inhumana.

DEST. Tenéis razón. Mas inhumana que nunca; cuando vemos que es tan humana, vemos como se preparan para ella los pueblos y las ciudades que pueden amenazarnos algún día, y hay, quien como vosotros, dificulta, entorpece y estorba que nosotros estemos preparados para defendernos... Esa es la inhumanidad de la guerra, enviar a nuestros soldados vendidos a la derrota y a la muerte, por falta de medios para combatir... Lo que habéis hecho siempre, oradores y apóstoles de la humanidad... que más parecéis traidores a la patria...

PUBLIO Traidores son los que pretenden aventurarlas en empresas guerrieras.

CAP. Traidores son los que las venden al extranjero...

PUBLIO Tened cuenta con vuestras palabras...

CAP. Vos sois quien ha de tener cuenta. Que antes de combatir contra los enemigos de fuera, importaría mucho exterminar a los de dentro.

CRIS. Reportaos, señor Capitán... Vos también, señor Publio. No anticipemos la contienda.

DEST. De tu opinión, señor Publio, comprenderéis que nada nos importe... Tú que una vez levantaste al pueblo para impedir una guerra que convenía al decoro de la Ciudad, y poco después quisiste levantarle para obligarnos a intervenir en favor de tus amigos y clientes, los venecianos... que eres patriota de todas las patrias, menos de la tuya, y humanitario con todo el mundo menos con tus compatriotas, y hasta eres celoso defensor de todas las religiones, y sólo escarneas la nuestra... tú que eres todo esto... y mucho más... si aún tienes por esas plazas quien te escuche y te siga... aquí no puedes nada.

PUBLIO Lo veremos. ¿Quién podrá más que yo?

CRIS. Amigo Publio, bien sabéis que toda vuestra

fuerza ha estado siempre en nuestra debilidad. El día en que nada se os conceda, ¿qué podréis ofrecer a los que os siguen? En caso de guerra, vuestro deber quedará reducido a proveernos en mejores condiciones que al extranjero de las mismas cosas con que, gracias a nuestra amable condescendencia, habéis traficado en provecho vuestro. Solo os pedimos un poco más de desinterés, de ningún modo desinterés absoluto. ¿Estamos de acuerdo?

PULLIO

¡Me insultáis!

CRIS.

Habláis de insultos; vos, el inspirador de los más innobles libelos... Hablad vos, Capitán, que el señor Publio, entre tanto, irá reflexionando por los dedos. ¿Contáis con el buen espíritu de vuestros soldados?

CAP.

Señor, los soldados son hombres, y en tiempo de paz, no pueden ser ajenos a las discordias que perturban y dividen en bandos políticos a los ciudadanos. Añadid a esto el natural descontento cuando vemos en tantas ocasiones desestimarse el mérito y encumbrarse la ineptitud por el favor o por la intriga. Considerad también que sabemos mejor que nadie lo que nos falta en armas y municiones, sin las cuales el valor es inútil... Pero con todo esto, si la Ciudad nos manda combatir en su defensa, para nosotros no hay más voz que la suya, no hay más bandera que la de nuestra Patria. Acaso no podamos vencer, pero sabremos morir siempre... Este es el espíritu de mis soldados, del que respondo con el mío. Si fuérais preguntando uno por uno, todos os responderían lo mismo.

CRIS.

¡Sabríais morir! Esa es mi tristeza. Ese debe ser nuestro remordimiento. ¡Enviaros a morir cuando debiéramos enviaros seguros de vencer! Pero ya es mucho que la Ciudad cuente con vosotros, así pudiérais vosotros contar con la Ciudad... Decidnos, señor Polichinela, y vos, señor Pantalón... ¿Podremos contar también con vuestro dinero?...

SR. POL.

¡Nuestro dinero... nuestro dinero! ¿Quién puede decir que su dinero sea suyo en tiem-

- po de guerra? ¿Sabéis lo que valdrá nuestro dinero apenas se declare la guerra?...
- PANT. El dinero es lo primero que huye y se esconde.
- SR. POL. El poco dinero que pueda encontrarse subirá de precio...
- PANT. ¿Qué garantías puede ofrecernos la Ciudad en caso de guerra?...
- SR. POL. Eso es... ¿Qué garantías?
- CRIS. Ninguna, es cierto.
- DEST. ¡Pobre Ciudad! Las garantías de las ciudades son sus ciudadanos. Con ciudadanos que ofrecen lo que vosotros, ¿qué puede ella ofrecer? Su venganza es que, cuando nada ofrecéis para salvarla, no sé qué pueda ella ofrecer para salvaros. Creedme. No habéis sabido ser bastante egoístas. No habéis pensado más que en vosotros. ¡Mal egoísmo! Atesorar dinero, atesorar y nada más que atesorar... Y ese dinero es ahora vuestra ruina y vuestra pobreza... Porque ese dinero, ¿sabéis qué significa? Significa todo lo que se hizo mal, por lucrarnos y lucrar a vuestros amigos... Significa todo lo que se debió hacer y dejó de hacerse, porque no se lucraran otros... significa la falta y la merma de muchas cosas que eran precisas en la Ciudad... significa que habéis sido muy listos, muy habilidosos... significa que Dios tiene su hora, y en esa hora es la cuenta en que todo se suma.
- SR. POL. ¿Y sólo a nosotros? Es que a vos ¿no habrá nada que anotaros en cuenta, señor Magnífico?...
- CRIS. Sí; tan culpable como vosotros, más son todas vuestras culpas, en todas ellas tengo parte.
- PUBLICO. En ese caso, bien os estará dejar el gobierno de la Ciudad.
- CRIS. Si fuera para estar yo, con la Ciudad, mejor gobernado, ¿quién lo duda? Pero, ¿quién ha de sustituirme? ¿Cualquiera de vosotros? Crispín por Crispín, me prefiero a mí mismo. Yo soy más grande en mis ambiciones. Ambicioné riquezas y tuve cuantas pude ambicionar; ambicioné el poder, el señorío

de la ciudad, y nadie puede disputármelos... Los medios fueron torpes, me serví de vosotros y tuve que dejar que de mí os sirvierais. Pero mi ambición no se detiene tan bajo como la vuestra. Ahora ambiciono la grandeza de la Ciudad; por conseguirla sacrificaría mis riquezas, mi vida... por de contado os sacrificaré a vosotros. Levantaré la Ciudad en contra vuestra y en contra mía si es preciso. Vos, Capitán, esperad mis órdenes... A vosotros, no he de ser yo, ha de ser la Ciudad, el alma de la Ciudad que ha de despertarse, la que dispondrá de vosotros; de mí también, que hasta el fin hemos de estar unidos, como cómplices de un mismo crimen. Pero yo no he cegado mi entendimiento ni mi conciencia, os llevo esa ventaja. Sé lo que soy y sé lo que merezco. Ahora, salid, dejadme... Dejadme digo... Tú sólo no me dejes...

(Salen todos por la izquierda menos Crispín y el Desterrado.)

ESCENA XI

CRISPÍN y el DESTERRADO

CRIS. ¿Hablarás al pueblo? ¿Despertará el alma de la Ciudad...
DEST. ¿Y no temes su despertar?
CRIS. Su despertar será... mi muerte.

ESCENA XII

DICHOS, JULIA y LAURO, que entran por la derecha

CRIS. ¡Hija mía! ¡Lauro!
JULIA ¿Qué hablabáis de muerte? ¿Tú también hablas de morir?...
CRIS. Julia. ¡Hija mía!
JULIA ¡Pobre de mí! Desdichados de todos nosotros...
CRIS. ¿Sabe ya?...
LAURO Sí, lo sabe... Nos lo dijo mi padre...

- JULIA Lo sé, es la guerra... Pero tú no expondrás tu vida, ¿verdad? Tú debes permanecer aquí y mi Lauro contigo. ¿No sabes? Dice que quiere ser el primero en combatir con nuestros soldados, que es su deber... Pero tú le obligarás a no dejarte, le dirás que su deber está aquí, a tu lado, para servirte, para defenderte. ¿Verdad que él no irá, padre mío? La guerra es la muerte... No irá, no irá... Dime que no irá, ¡padre mío!
- CRIS.
DEST. Si tú lo quieres...
Entre tanto egoísmo de los hombres, traiciones, cobardías y miserias humanas, sólo tu egoísmo de mujer enamorada es como debe ser... Y es como debe ser, hija mía, noble corazón de mujer, porque tú misma crees que así siente tu corazón... cuando sientes de otra manera...
- JULIA De otra manera, ¿dices? Pues, ¿puedo yo sentir de otro modo?...
- LAURO Sí, dice bien mi padre... El heroísmo de la mujer es así, se esconde vergonzoso entre lágrimas... Nos pedís llorando para probar nuestra fortaleza que está en negar lo mismo que nos pedís, si es una indignidad o una cobardía... que si nos viérais acceder a ella... un instante sería la satisfacción de habernos convencido, pero después... el desprecio porque nos dejamos convencer tan pronto...
- JULIA ¡Padre mío!
- DEST. Vienes a impedir que Lauro sea el primero que vaya con nuestros soldados. Cuando él se conmoviera ante tus lágrimas, ¿qué pensarías de su valor? No quieras engañarte, tú haces bien en llorar, para impedirle que cumpla con su deber... él hará mejor en no escucharte. Y tú llorarás, llorarás mucho... pero llorarás de otro modo... orgullosa de su amor más que nunca, cuando él por amor tuyo vaya a cumplir con su deber...
- LAURO
DEST. Padre mío. ¿Hablarás al pueblo?
Sí, le hablaré desgarrado mi corazón, porque he de mentirle, he de mentirle por primera vez en mi vida. Hablaré de triunfos, de glorias... Y, sabemos lo que será esa guerra..

- CRIS. Por nuestra desdicha lo sabemos...
- DEST. Es enviar a la muerte a los soldados, al pueblo; es destruir la Ciudad.
- CRIS. Si no hay un alma en ella.
- DEST. Ese alma es lo que importa salvar; la salvaremos.
- JULIA No, Lauro, no, tú no irás ¡por mi amor!...
- LAURO Por tu amor debo ir... y tú lo sabes... Por nuestro amor que ha unido a nuestros padres en ese abrazo santo que es el amor a sus hijos, el amor a la patria.
- CRIS. ¿Dices que has de mentir? Sí, mentiremos. Pero sobre nuestras mentiras estará la verdad de nuestro sacrificio... La vida de tu hijo, el dolor que destroza el corazón de mi hija. Y si aún no basta para espiar y redimir... cuando hables al pueblo dile que no tarde, que venga, que derribe las puertas de mi palacio, que entre a saco por mis riquezas, que llegue hasta aquí y me arroje por una de esas ventanas, y arrastre por las calles de la Ciudad mi cuerpo destrozado... Pero que al darme muerte, al arrastrarme, al destrozarme mi cuerpo... piense que no fui yo el culpable de los males de la Ciudad.
- DEST. No lo eres. Tú solo has sido una culpa más de sus culpas. Eres el Crispín que se eleva del Crispín que todos llevan en su alma... Por eso te temen y te odian. Eres su conciencia.
- (Telón.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO



CUADRO TERCERO

Plaza en la Ciudad, al fondo vista del puerto, en él, una galera

ESCENA PRIMERA

ARLEQUÍN, AURELIO y FLORENCIO, entran por la segunda izquierda

- ARL. ¿Visteis nada más despreciable que una Ciudad en tiempo de guerra?
- AUR. No hay modo de substraerse a la brutalidad circunstante.
- FLORE. Todo lo invade la soldadesca.
- AUR. Yo entré hoy en la hostería por reunirme con vosotros, y vi que los soldados venecianos campaban allí por sus desafueros; golpeaban las mesas con sus espadones, golpeaban también a los ciudadanos que se detenían curiosos a contemplarlos.
- ARL. Yo quise refugiarme en casa de Girasol y uno de sus esclavos me detuvo a la puerta, diciéndome que no intentara visitarla, que unos capitanes de las galeas venecianas se habían entrado por la casa como señores y dueños de ella.
- AUR. ¡Pobre Girasol!
- ARL. ¡No quiero imaginarme lo que habrá sido del casto espíritu de sus danzas, entre esos capitanes venecianos!
- FLORE. Y ¿se tardará mucho en firmar las paces?

- AUR. Desde anoche tratan el General veneciano y el Magnífico. Según dicen, las condiciones que imponen los venecianos son duras. El Magnífico teme que la Ciudad no las acepte.
- ARL. ¡Bravatas ridículas! ¿Qué sirve ya que no las aceptemos? A esto nos han traído los que se llaman buenos ciudadanos, los patriotas; y con ellos los gobernantes incapaces de imponer su voluntad al pueblo. Si no podíamos hacer la guerra, si sabíamos todos que el alarde de resistencia sería inútil, ¿por qué no haber pactado desde un principio con los venecianos? Siempre nos hubieran tratado mejor como amigos. Ahora, como nada tienen que agradecemos, nos tratan como vencedores. ¡Y sí que el triunfo es para estar orgullosos! Hundir en el mar nuestras cuatro galeras inservibles y cañonear a mansalva la Ciudad fuera del alcance de los cañones inútiles de nuestros fuertes.
- AUR. Nuestros soldados tuvieron que rendirse sin pelear, faltos de armas y municiones.
- ARL. Con eso nos dirán que ha sido una defensa heroica.
(Voces.)
- AUR. ¿Qué sucede? La gente se arremolina y grita.
- ARL. Esa es otra; no nos faltarán motines ni asonadas en estos días. Ahora todo es gritar, que nos han vendido, que nos han engañado. El pueblo necesita un traidor y un culpable: en esta ocasión dirán que es el Magnífico.
- FLOR. Será justicia, que él nos llevó a la guerra por complacer a los soldados y a cuatro ciudadanos vocingleros.
- ARL. No lo creais. El sabía muy bien que de haber entregado la Ciudad a los venecianos sin combatir por defenderla, los soldados y los ilusos patriotas se hubieran levantado contra él declarándole traidor a la patria. Ahora, vencidos los soldados, rendida la Ciudad, será él quien pacte con los venecianos sin que nadie lo estorbe, y los venecianos serán los que le defiendan y le aseguren

en el gobierno de la Ciudad como a su mejor amigo.

FLOR. Todo eso sería posible si el señor Publio estuviera como otras veces de acuerdo con el Magnífico. Pero ya sabéis que desde que volvió el Desterrado, el Magnífico se había desentendido de Publio y Publio aún tiene quien le siga en la Ciudad.

ARL. ¡Bahl! Los venecianos son ricos y habrá para contentar a todos. Que podamos vivir tranquilos, es lo que nos importa.

FLOR. Que podamos volver a nuestra hostería como de costumbre.

AUR. Deambular sosegadamente por las calles y jardines de la Ciudad.

ARL. Que Girasol vuelva a alegrarnos con sus danzas y el Magnífico nos gobierne por muchos años.

FLOR. Ved, aquí llegan el señor Polichinela y el señor Pantalón.

ARL. Sin duda vienen del palacio del Magnífico. Habrán sido llamados para tratar las paces en consejo. Veremos si quieren decirnos algo.

FLOR. Disputan entre ellos.

ARL. Esperemos.

ESCENA II

DICHOS, POLICHINELA y PANTALÓN, por la segunda derecha

SR. POL. Nunca, nunca. A ese precio no podemos aceptar la paz.

PANT. Hemos entregado los fuertes, hemos entregado la Ciudad, ¿qué más piden? ¿Quieren empobrecernos, arruinarnos?

SR. POL. Eso es lo que quiere el Magnífico, que nosotros paguemos la contribución de guerra que él cobrará a medias con los venecianos. Eso, eso; pero no será, no será.

PANT. No hay razón para que nosotros paguemos por todos. Figuraos, con la ruina que sobre mí ha caído con la guerra. Mis galeones cargados de trigo apresados por los venecianos.

- SR. POL. Dicen que iban cargados de armas que destinábais a los genoveses.
- PANT. ¡Mentira, calumnia! Yo no digo que no se hallaran algunas armas, pero yo nada tengo que ver en eso; pacotilla de los capitanes y marineros. Yo no, yo no, que soy hombre de paz y nunca he querido vender armas a venecianos y a genoveses. Que no quiero yo que las gentes se maten... Cosas necesarias para la vida, bueno está; que al fin es obra meritoria.
- SR. POL. El caso es que con esas armas apresadas en vuestros galeones los venecianos hallaron buen refuerzo para asaltar nuestros fuertes... Y el pueblo lo sabe y os llama traidor, y... yo en vuestra pelleja no estaría muyt ranquilo.
- PANT. ¡Infamias, calumnias! Quieren perderme.
- SR. POL. Bien perdidos estamos. Mi casa y mis jardines a la orilla del río, arrasados... Mas de cien mil escudos. Las mercancías que yo destinaba a los venecianos, ahora en vez de pagármelas en buen dinero se apoderarán de ellas como de cosa propia. ¡Mi ruina, mi ruina! Y por si algo faltaba en mi casa, aún no sabemos si mi yerno es de los prisioneros o estará mal herido o muerto a estas horas.
- PANT. ¿Muerto decís? Y si él ha muerto cualquiera os reclama lo que era en deberme.
- SR. POL. Señor Pantalón, eso es ya sordidez repugnante. No habéis de perdonar ni a los muertos; y más cuando han muerto por la patria.
- PANT. Esa misma razón debiérais tener para pagarme, que vuestro yerno ha muerto con mucha honra, y no es bien que su honra ande en lenguas de nadie después de muerto, por unos miserables escudos.
- SR. POL. Señor Pantalón, no respetáis ni el dolor de un padre.
- PANT. Dejaos de farsas conmigo. Si algo hay que pueda compensaros de cuanto habeis perdido con la guerra, será la pérdida de vuestro adorado yerno.
- SR. POL. Señor Pantalón, una cosa es que yo tuviera.

desavenencias con mi yerno y otra que yo pueda alegrarme de su muerte. Por la ruindad de vuestros sentimientos no juzgueis de los míos. Si mi yerno ha muerto por la patria vereis qué suntuoso mausoleo pienso erigir a su memoria.

PANT. Ostentosa vanidad que de ningún provecho será para su alma. El mejor mausoleo que podeis erigir a su memoria será pagar sus deudas y obligaciones.

SR. POL. Señor Pantalón, ¿cómo quereis que el pueblo no murmure de vuestra avaricia? Si supiérais lo que dicen de vos...

PANT. Pero, ¿no comprendeis, señor Polichinela, que cuando os hablan mal de mí es un modo de deciros en vuestra cara lo que piensan de vos?

ARL. Señor Polichinela... señor Pantalón, perdonad si somos indiscretos al interrumpiros cuando sin duda tratábais intereses de la ciudad en esta hora tan solemne, pero es tanta nuestra curiosidad... Suponemos que el Magnífico os llamó a su palacio para tratar en Consejo con el general veneciano. ¿Se trataron las paces?

SR. POL. Se trataron... Y ya estarían firmadas si nosotros no tuviéramos dignidad.

ARL. ¡Bravo, señor Polichinela! No esperábamos menos de vosotros. Habeis defendido el honor de la ciudad como cosa vuestra.

SR. POL. Eso, eso. Aun estoy sofocado.

AUR. ¿Qué condiciones imponen los venecianos?

SR. POL. Inaceptables, indignas... permanecer en la ciudad mientras no se les pague una contribución de guerra.

PANT. De la que hemos de responder nosotros con nuestra hacienda y nuestra persona...

SR. POL. Decid si podíamos consentirlo.

PANT. Antes la muerte.

ARL. Sois heroico, señor Pantalón. ¿De modo que tendremos venecianos en la ciudad para largo?...

PANT. Con lo cual nada iremos perdiendo. ¿No érais vos, señor Arlequín, el que tanto admiraba su cultura, la dulzura de su trato?...

ARL. Sí, sí, en efecto... Los venecianos en su tie

rra son admirables... Aquí desmerecen algo. Es natural, para estas empresas guerreras los pueblos no suelen enviar a sus poetas ni a sus filósofos... La humanidad, más que en pueblos, se divide en castas. Yo me sentiré siempre más compatriota de un poeta turco que de uno de nuestros soldados, que por su parte en nada se diferencia de un soldado veneciano. Por eso lo que importa es vernos libres de unos y otros.

SR. POL. Señor Arlequín, eso es lo difícil; que sin los soldados de casa no es posible librarnos de los extraños. Y en eso debimos pensar antes, en que los nuestros fueran más fuertes y aguerridos que los extraños.

ARL. ¡Bah! Los pueblos sólo triunfan por el espíritu.

SR. POL. ¿Quién lo duda? Pero es que cuando hay fuerza espiritual hay fuerza en todo. Por algo aconsejé yo siempre al Magnífico que se compraran barcos, cañones... pertrechos de guerra...

ARL. Es verdad... por algo.

SR. POL. Si él me hubiera atendido hubiéramos contado con cincuenta galeras...

ARL. Si habían de ser como las que se han hundido en dos horas...

SR. POL. No me negareis que cincuenta galeras hubieran tardado más tiempo en hundirse. (Voces.)

PANT. ¿Qué sucede?

FLOR. Otro alboroto.

SR. POL. No gana uno para sustos... El populacho está inquieto.

PANT. No hay autoridad... no hay fuerza...

AUR. Es una conducción de muertos y heridos... El pueblo clamorea a su paso.

FLOR. Dicen que falta lo más preciso para atender a los heridos.

PANT. Señor Polichinela, mejor será retirarnos del bullicio. La gente anda desatinada estos días.

SR. POL. No hay nada que temer... Cuando uno tiene su conciencia tranquila.

PANT. Eso sí. Pero el pueblo no tiene conciencia... Es más prudente retirarse...

SR. POL. Vamos cuando queráis... Señores...
ARL. Señor Polichinela... Señor Pantalón... para
serviros... (Salen Polichinela y Pantalón por la de
recha.)

ESCENA III

DICHOS, menos POLICHINELA y PANTALÓN

FLOR. Van muertos de miedo.
ARL. Más temen por su dinero que por su vida.
¿Y no les obligará el pueblo a pagar esa con-
tribución que ha de librarlos de los vene-
cianos?
FLOR. El pueblo cree que el único culpable es el
Magnífico.
AUR. Y él pagará por todos con ser el menos cul-
pable.
ARL. No hay cuidado. El sabrá prevenirlo todo,
amparándose de los venecianos. El Magnífi-
co no es hombre para rendirse sin caer con
sus enemigos.

ESCENA IV

DICHOS y PUBLIO, por la segunda derecha

PUBLIO Lo veremos. El Magnífico tiene sus horas
contadas.
ARL. ¡Ah, Publio! ¿Qué dice tu gente?
PUBLIO Mi gente dice siempre lo que yo digo.
ARL. Ya es suerte tuya que tu gente diga lo que
tú dices. Ello será porque tú sabes decirles
lo que ellos piensan, que es todo el arte de
dirigir muchedumbres...
PUBLIO ¿Creéis que es tan fácil, señor poeta?
ARL. Facilísimo; ¿no ha de serlo? Predicar reli-
gión en las iglesias, libertinaje en las taber-
nas, a los ricos las ventajas de no trastornar
el orden del mundo, a los pobres la de tras-
tornarlo todo, convencer a los convencidos...
Lo difícil es hacerse escuchar de un audito-
rio adverso. Si no, dime: Con tus ideas hu-

- PUBLIO. Manitarias, ¿por qué no te atreviste a levantar a los tuyos para impedir la guerra? Eran momentos de exaltación patriótica y nada hubiera conseguido.
- ARL. ¡Ah, señor Publio! Para contrarrestar exaltaciones del sentimiento quiero yo las ideas.
- PUBLIO. Señor poeta, versificad y no os mezcléis en lo que no os importa.
- ARL. No te enojés, Publio; si supieras que yo sería el primero en admirarte como a un gran poeta si no fuera porque al jugar como nosotros con las ideas y los sentimientos hay siempre en tu conducta un hilillo de lógica que le hace perder su valor artístico.
- PUBLIO. ¿Qué hilillo es ese?
- ARL. El de tu conveniencia. Por más que ¿cómo puede nadie saber en dónde está su conveniencia? La realidad suele hacernos más traiciones que el ideal.
- PUBLIO. Señor Arlequín, vuestra charla es muy agradable, pero asuntos de mayor importancia me solicitan.
- ARL. ¿De mayor importancia dices? Sublevar al pueblo, desenfrenarle por esas calles... Créeme, Publio, déjate aconsejar de un poeta; deja a la ciudad reponerse en calma de su derrota; pidamos perdón a los venecianos como chiquillos que han cometido una graciosa travesura; confiemos en que serán indulgentes con nosotros y querrán perdonarnos y podremos volver a nuestra vida a la vez inquieta y fácil, opulenta y miserable, alegre y desesperada. Engañemos las horas para que la vida no nos engañe demasiado: es la mejor filosofía.
- PUBLIO. Sí, bueno sería ir por la vida filosofando si los caminos de la vida fueran sendas de Arcadia, pero cuando por el camino de la vida vienen gentes que llevan prisa y pueden atropellarnos, hay que ir por lo menos a su paso si no queremos que pasen por encima de nosotros y... ¡adiós filosofía!
- ARL. Tienes razón, pero bien está que haya de todo en el mundo, que de los mayores contrarios procede su maravillosa armonía. Vé, pues, no tardes, desenfrena al pueblo; nos-

otros haremos por apartarnos de tu camino, cuida tú también de ir por el tuyo y de no atropellarnos. (Sale Publio por la izquierda.) Ya oísteis, amigos; no tardará el populacho en alborotarse y el populacho es como el caballo de Atila, con una desventaja, que no trae jinete.

FLOR. ¿Dónde pudiéramos retirarnos hasta que todo esté tranquilo?

AUR. A nadie se permite entrar ni salir de la ciudad.

FLOR. No habrá lugar seguro.

ARL. No habrá un refugio amable para los espíritus delicados.

FLOR. ¿A dónde pudiéramos huir?

ESCENA V

DICHOS, el DESTERRADO y LAURO, por la segunda derecha

DEST. Es inútil que lo intentéis, todos somos prisioneros de guerra. Vuestro egoísmo había suprimido de vuestro corazón el amor a la patria y ahora las desdichas de nuestra patria os duelen en vuestro egoísmo tanto como os dolerían en vuestro amor. ¡Ah, pues si el egoísmo se bastara a sí propio! Pero cuando somos más egoístas; cuando más tranquilos queremos vivir, más necesitamos de la tranquilidad de los que nos rodean. De lo que no quiso inquietarse nuestro amor ha de inquietarse nuestro egoísmo.

ARL. Nuestro egoísmo como decís nunca nos hubiera llevado a la guerra; sabíamos la suerte que nos esperaba.

DEST. También yo, pero era preciso llegar hasta el fin; era preciso que vuestro egoísmo y el de todos sintiera el dolor de no haber amado a la ciudad como debísteis amarla y hoy no padecería vuestro egoísmo con sus tristezas. Aún debíerais padecer más; aún debiera ser más implacable el extranjero... Aún puede que lo sea si aún necesitamos de él para poner paz en vuestras propias discordias.

- ARL. ¿Y qué fué de ti, Lauro, nos dijeron que irías a combatir?
- LAURO ¿A combatir? ¿Pero hubo combate? ¿Hemos tenido guerra? ¿No ha sido todo un sueño? Sí, yo pensaba ir, pensé haber ido; hubiera dado mi vida por la gloria, por el honor de la ciudad, pero ya lo veis, estoy entre vosotros con mis galas cortesananas de siempre.
- FLOR. Pues nos dijeron...
- AUR. Creímos que... Sin duda el Magnífico, conmovido ante los ruegos de su hija, te ordenó que no fueras.
- LAURO Sí, eso ha sido; ¿podía yo desoir los ruegos de mi Julia?
- DEST. ¿Qué dices, Lauro? ¿Por qué mientes? Decid que no es verdad; fué a combatir; yo os lo digo. ¿Por qué quieres negarlo ahora?...
- LAURO Porque no fué combatir, padre; porque no fué la guerra; porque no quisiera acordarme de nada; porque quisiera que nada hubiera sido; porque no fué la derrota en que se lucha hasta la desesperación, hasta la muerte; fué la vergüenza ante el enemigo, fué su burla despreciativa. Las armas inútiles en nuestras manos, sin balas y sin pólvora. Fué perdonarnos la vida .. porque pudieron destrozarnos y ni morir era posible si no era a nuestras propias manos. ¿Para qué habían de matarnos si éramos suyos indefensos, rendidos?... ¡Ah, señor Arlequín! las ironías, el desdén con que solíamos hablar de nuestros males y nuestros defectos, la donosura con que motejábamos a nuestros gobernantes, la graciosa murmuración con que ponderábamos sus listezas o sus desaciertos... Todo eso y nuestro vivir sin conciencia, contentos al señalarlos con el dedo unos a otros para decir allá va el pecador en vez de golpear cada uno a mano llena su propio pecho, diciendo: yo pequé, hasta que el corazón sangrara; todo eso que era nuestra vida, tan fácil, tan alegre, tan despreocupada, se ha sumado como un sarcasmo en la risa de los soldados enemigos que al vernos afrontar la muerte con insultos, que ya no nos quedaban otras armas, reían de nosotros

compasivos para que su risa fuera más humillante, y sin odio decían: ¡pobre gente! ¿quién la envió a combatir? ¿Qué gente es esta? ¿Son locos o son niños? Y así nos tratarán, como a niños o a locos. ¡Qué vergüenza, padre, qué vergüenza! ¡Malditos los que a ella nos trajeron! ¡Malditos los que nada hicieron por evitarla! ¡Malditos los que nunca pensaron en ella!

DEST. Y aún hemos de caer más bajo, que en vez de aceptar cada uno su parte de culpa, aún pretendemos culparnos unos a otros y, ante la patria crucificada, será echar suerte sobre sus vestiduras. El ardor que no pusimos en combatir contra el extranjero, lo pondremos ahora en combatir unos contra otros, hasta que el extranjero mismo haya de poner paz en nuestras discordias para mayor vergüenza.

ARL. ¿No veis, amigos? Girasol y Colombina llegan... Mucho es su atrevimiento, que no está la Ciudad para que mujeres solas anden por sus calles.

ESCENA VI

DICHOS, GIRASOL y COLOMBINA, por la segunda izquierda

ARL. ¿Qué es esto, Girasol? ¿No temes al pueblo alborotado?

GIR. ¿No sabeis nada?

COL. ¡Ah, es horrible! Hasta ahora no lo supimos... Leandro ha muerto.

ARL. ¡Leandro!

FLOR. ¡Nuestro amigo Leandro!

LAURO Sí. ¿No lo sabíais? Ha muerto como un héroe...

DEST. El Magnífico le hizo llevar a su palacio...

GIR. Ibamos a dejar estas flores sobre su corazón.

ARL. Que te amó tanto.

GIR. Yo no sé si fué amor, pero como el amor hablaba, y para mí fueron los últimos pensamientos de su vida. Quizá al morir, en ese

instante en que según dicen, pasa con rapidez toda nuestra vida por nuestro pensamiento, pasé yola última, como una ilusión, como un deseo que no pudo lograrse en la vida y con el alma abre sus alas para perderse en donde todo es infinito.

COL. ¡Pobre Leandro!
ARL. Iremos contigo, Girasol, también nosotros llevaremos flores al que fué nuestro amigo de los días felices.
FLOR. Esperad. El Magnífico llega acompañando a Silvia.
AUR. El Magnífico por las calles sin su guardia, sin cortejo alguno.
LAURO Su corazón es grande y nada teme...

ESCENA VII

DICHOS, CRISPÍN y SILVIA por la segunda izquierda

FLOR. Señor...
ARL. Señor...
CRIS. El que fué mi señor ha muerto. ¿No lo sabíais? Con él murió Crispín; sólo queda el Magnífico, una sombra vestida de un ropaje señorial. Quise ser yo quien llevara a Silvia a rezar ante él... Yo fui testigo de su primer beso de amor, cuando su corazón lleno de vida decía: Para siempre... Ahora... será el último beso el que dirá... Ya nunca, que es también para siempre. El amor solo sabe decir palabras de eternidad...
SILVIA Llevadme pronto... No puedo más... Ah... ¡Esa mujer! ¿Por qué llora? ¿Por qué lleva flores también?
CRIS. Es Girasol.
GIR. Señor, perdonad. Si yo hubiera sabido...
CRIS. ¿También eran para él esas flores?
GIR. No puedo negarlo.
CRIS. Acércate.
SILVIA Vamos, vamos de aquí. No quiero verla, ofende mi dolor, le insulta.
CRIS. Dejadme. No estaría bien que nos acompañaras... Dame una de esas rosas y pon un

beso en ella. Así... Ahora, bésala tú también. Yo te lo ruego... Ponedlas todas sobre su corazón... Todos los amores de la tierra son un amor allá en el cielo... El alma es en la tierra mariposa, sus alas van hacia la luz a donde han de abrazarse, pero en tanto, las alas se fatigan y al reposar su vuelo en una flor o en otra se detienen. ¡Son todas tan hermosas! pero su vuelo era más alto, donde las flores son estrellas. ¡Allí en el alma enamorada de Leandro, tú, la azucena del jardín virginal de sus amores, tú, la rosa de un jardín de artificio, las flores de su vida, se-reis una flor sola, un solo aroma, en la claridad de su alma...

GIR.

Gracias, señor...

CRIS.

Vamos, Silvia.

(Sale Silvia y Crispín por la derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS menos CRISPÍN y SILVIA

ARL.

El Magnífico tiene alma de poeta, como todos los pícaros. Sabe que el sentimiento solo se purifica alambicándole... Estas dos mujeres, dejándose llevar de su natural, naturalmente se hubieran insultado al encontrarse. Un poco de amanerada poesía ha bastado para ennoblecer su dolor... Es preciso componer la vida como una obra de arte, amanerarla con sentimientos artificiosos, para suavizar sus rudezas... Los poetas debiéramos gobernar el mundo, le quitaríamos brutalidad en fuerza de artificio...

FLOR.

Os acompañamos hasta vuestra casa... La Ciudad no está muy tranquila Y los venecianos son atrevidos con las mujeres.

COL.

Son muy groseros.

AUR.

¿Es que se han propasado contigo?

COL.

¿Conmigo decís? De ningún modo.

ARL.

Por eso te parecen tan groseros.

(Salen Colombina, Girasol, Arlequín, Florencio y Aurelio, por la izquierda.)

ESCENA IX

EL DESTERRADO y LAURO

LAURO ¡Feliz Leandro! Envidiable suerte la suya, hasta en la muerte. Toda su vida fué como un torbellino de acción que no dejó lugar a la tristeza del pensamiento. Vivió de la vida más que de sí mismo. Murió al empezar el combate en la exaltación de entusiasmo que aleja el temor a la muerte y no deja percibir la inutilidad del sacrificio. Así hubiera yo querido morir... con el entusiasmo de la esperanza, con la ilusión del triunfo. Ahora, los que sobrevivimos, ante la humillación de la patria, llegamos a dudar de nuestro propio sacrificio al defenderla...

DEST. Sí, en esta hora todos parecemos igualmente culpables; por eso la voz más indigna de acusarnos, nos parece voz justiciera. Por eso no nos atrevemos a mirarnos unos a otros, por eso el odio se levanta amenazador entre todos... y el mayor enemigo de la Ciudad no es hoy el extranjero.

LAURO El pueblo solo espera la decisión del Magnífico al aceptar las condiciones de paz, para levantarse contra él...

DEST. Y ¿no sabe ya en qué condiciones se tratarán las paces? ¡Ay de los vencidos! dirán los vencedores... No es lo triste la humillación de esta derrota, lo triste es dejarse vencer por ella. Siempre podemos vencer a quien nos vence si sabemos resurgir del dolor fortalecidos. Pero, ya lo ves... después de la derrota es la misma inconsciencia de siempre... tan inconscientes en la tristeza y el desengaño como lo fuimos en la alegría y confianza, que todos sabían sin fundamento y parecían tan fundados como si todos hubieran estado seguros de haberlos cimentado en el deber cumplido, en el amor a la patria... Y era el patriotismo cosa fácil, era creerse cada uno mejor que los demás, solo porque veía las culpas de todos y con

eso las tuyas ya tenían disculpa... Como en corrillos de comadres se murmuraba y se reía de la graciosa habilidad que tuvo el uno para engañar al otro, cómo se lucró aquel a costa del tesoro de la Ciudad, cómo éste vendió la mercancía averiada y estotro burló una ley o la dictó en provecho propio... Todo era ocasión de murmuraciones. Cómo nos divertíamos, hasta cuando parecíamos indignados al exclamar: ¡bueno anda todo! ¡los pícaros gobiernan, los bribones campan! Y con desconfiar unos de otros, todos vivían confiados, cada uno se sentía superior a los otros y cada uno pensaba que él solo era el justo por quien la Ciudad había de salvarse, como en las bíblicas ciudades. (Música.)

LAURO ¿Oyes? El Magnífico sale con ceremonia de su palacio. ¿Será el anuncio de la paz? El pueblo corre hacia su palacio. Yo debo ir también, debo defenderle contra todos, suceda lo que suceda. ¿Qué harás tú, padre?... ¿Qué harás si el pueblo se levanta en contra suya?

DEST. Compartir su suerte... El sabía lo que sería el despertar del pueblo y por si despertaba en él un alma, quiso que yo le despertara... el alma de la Ciudad despertó un momento al amor de la patria... pero fué una sacudida estéril, como evocación del espíritu en un cuerpo muerto... Un fantasma, una sombra... La vida fuerte y vigorosa, la plenitud de vida, lo que era necesario para triunfar... no podía ser... Ya desespero que pueda ser nunca...

ESCENA X

DICHOS, POLICHINELA y PANTALÓN por la derecha

Sr. POL. No puede ser... Debiéramos morir antes que consentirlo.

PANT. No hay justicia en la tierra, no hay justicia... ¡Mi dinero, mi dinero!..

Sr. POL. Es la ruina de mi casa.

- PANT. Vos aún tenéis el consuelo de vuestra familia, pero yo me veo a la vejez solo y arruinado... Mi dinero, mi dinero...
- DEST. ¿Qué os sucede? ¿De qué os lamentais? Si hubiera oído de lejos vuestros lamentos sin saber que érais vosotros los que os lamentábais, creyera que eran mujeres de las que lloran por sus esposos, madres de las que lloran por sus hijos. No creí que los hombres pudieran lamentarse de esa manera.
- SR. POL. Vos hablais como muy hombre, claro está, como nada habéis perdido, que nada teneis que perder y vivo está vuestro hijo y con esperanzas de una buena boda, que el bribón de Crispín a cuenta nuestra ha pactado la paz con los venecianos y ellos se comprometen a defenderle y han de pagarle bien sus buenos oficios.
- PANT. Y nosotros lo pagaremos todo... nosotros que nos hemos arruinado por ofrecer cuanto teníamos para la guerra.
- SR. POL. Y yo que perdí un hijo, que un hijo era para mí Leandro y en mi casa ya nunca podrá haber alegría.
- DEST. De modo que, ¿se acordaron las paces?
- SR. POL. El Magnífico aceptó las condiciones... condiciones indignas... pagar una contribución de guerra a costa nuestra... Decid si esto es justicia... entregar a los venecianos el puerto con sus fuertes, dejando libre, en cambio, la Ciudad... y para mayor ignominia, el Magnífico quiere que le acompañemos en su galera, mucho es que no quiere que rememos en ella... a ofrecer en la suya al general veneciano la seguridad de nuestra fianza para que él ordene embarcar al punto a sus soldados y la Ciudad quede libre de ellos... Farsa indigna que todos sabemos que el Magnífico quedará muy a salvo en la galera del general veneciano, mientras la guerra con los genoveses no termine... y a nosotros nos volverá a la Ciudad para que las gentes soliviantadas por Publio, saqueen nuestras casas, atropellen nuestras personas...
- DEST. No temais. El Magnífico os retendrá a su lado mientras la Ciudad no se calme.

- PANT. Yo no iré, no iré... Prefiero que me maten aquí. Yo no dejo mi casa.. no iré, no iré...
- LAURO El Magnífico llega. Su guardia le abre paso. El pueblo se retira en silencio... Pero su silencio es amenazador.
- SR. POL. Debieran arrastrarle, que él nos ha traído a la ruina por ambicioso
- PANT. Y por torpe... Que pudo tratar con los venecianos y ellos nos hubieran pagado a nosotros.
- SR. POL. Claro está que nos hubieran pagado y no que ahora hemos de pagarles nosotros... Pero al señor Crispín le convenía honestar su traición a la Ciudad.
- PANT. Haciéndonos creer que debíamos ir a la guerra...
- SR. POL. Y como no faltó quien le ayudara a enganar al pueblo...
- PANT. El que a todos nos acusaba de malos ciudadanos.
- LAURO Oh, callad, ¡miserables!
- DEST. No, deja que hablen... que acusen. Ya no sé si son ellos los que tienen razón... pero es muy triste cuando la Ciudad sangra por tanta herida abierta, cuando tantas voces debieran clamar en nombre de cosas más altas, que sólo se alce sobre todos la voz de estos hombres que van clamando... ¡mi dinero!... ¡mi dinero!... ¡Parece que toda el alma de la Ciudad era el dinero de estos hombres!

ESCENA XI

DICHOS, el MAGNÍFICO y acompañamiento por la derecha

- CRIS. Las paces han quedado firmadas, gracias a la generosidad del señor Polichinela y del señor Pantalón, aquí presentes. Ellos, con singular desprendimiento han consentido en salir fiadores con su hacienda, de la contribución exigida por los venecianos. La Ciudad no hubiera podido pagar en tan corto plazo. La Ciudad está en deuda con ellos...

- PANT. ¡Buena quedará la Ciudad para que nunca pueda pagarnos!
- CRIS. Señor Pantalón, no desgracéis vuestra generosidad... Los soldados venecianos embarcan en sus galeras y la Ciudad queda libre de extranjeros... Sólo el puerto y los fuertes quedarán en su poder hasta que termine la guerra con los genoveses... Para consolidar el tratado de nuestras paces, debéis acompañarme. En la única galera que nos queda iremos a ofrecer acatamiento al general veneciano, que por graciosa cortesía quiere que mientras permanezca anclada ante nuestra Ciudad, sobre su galera almirante ondee nuestra bandera que hemos de llevar con nosotros... Al izarse será saludada con cincuenta cañonazos. El general veneciano quería que sólo fueran veinticinco, pero no cedí en esto y serán cincuenta, ni uno menos.
- SR. POL. Tenéis humor de chanzas todavía.
- CRIS. No por cierto... Por lo mismo que nos han derrotado debemos dar más importancia a estos pormenores honoríficos. La historia en su día lo recogió todo... Embarcad ya, señor Polichinela, y vos también, señor Pantalón, que yo no tardaré en seguirlos y no he de llevar otro acompañamiento. Hemos de zarpar en seguida.
- PANT. No, yo no iré... si no me obligais por la fuerza...
- CRIS. De ningún modo. Pero haceis mal. En la Ciudad no estais muy seguro.
- PANT. ¿Qué puedo ya perder... si todo se ha perdido?...
- CRIS. Vos no me dejaréis, señor Polichinela. Ved que os necesito a mi lado. Volveremos a juntarnos sobre una galera... pero no como en otro tiempo para remar en ella. Esta bien puede ser, como suele decirse en usada imagen poética... la nave del Estado, que con tanto acierto hemos regido. Hay quien maldice de nosotros. Por eso conviene alejarse. Señor Pantalón, mal haceis en no acompañarme.

PANT. No, no, dejadme... dejadme...
CRIS. Bien está. Así como así, de acompañarme todos los que yo deseara no cabríamos en diez galeras... Y sólo nos ha quedado ésta... No tardéis, señor Polichinela, pronto os sigo. (Vase Polichinela por la izquierda. Al Desterrado.) Tú, que fuiste enemigo leal en mi grandeza, amigo fiel en mi desgracia...

LAURO No embarqueis, señor... pensad en vuestra hija.

DEST. No llevais quien os defienda...

CRIS. Los venecianos me hubieran defendido, pero no quiero defenderme. Sé lo que preparan... Publio y los suyos... y nada haré por evitarlo. Conviene que el pueblo crea que hace justicia. Con la ilusión de que sus males han terminado se levantará su abatido espíritu... Dejadle creer que con Crispín y Polichinela los Crispines y Polichinelas acabaron. Yo sé que apenas haya embarcado, Publio y su gente caerán sobre mí, la tripulación se unirá a ellos, saltará a tierra dejándome encerrado... para mi satisfacción con el señor Polichinela... y la galera, como si fuera en verdad la nave del Estado, arderá, arderá como ardería la Ciudad entera... si todas sus culpas no pesaran sobre mí tanto que sólo deseo purificarme. Así la Ciudad supiera purificarse de mí, como yo de ella... No intentes detenerme ni seguirme... Queda aquí, con tus hijos... salva su amor y el amor a la Ciudad en su corazón y en el de sus hijos... ¡Nuestra Ciudad! Alegre y confiada, que nunca pensó en su aislamiento, que oyó la voz y despreció el aviso... Lauro, los brazos. En ellos dejo el corazón de mi hija. En los tuyos el corazón de la Ciudad. Paso al Magnífico... (Vase por la izquierda.)

LAURO ¿Qué te dijo, padre? ¿Qué piensa? ¿Es cierto que huye de la Ciudad? Que hizo traición y antes la guerra como la paz ahora sólo han sido un engaño más de Crispín... Oís... El pueblo lo dice... ¡Era verdad!

VOCES (Dentro.) ¡A muerte los traidores! ¡Muera el traidor! Muera... muera... ¡Venganza!

- DEST. No, no es justo. no es justo. Han de oirme, he de defenderle. (Más voces.)
- LAURO ¿Qué es esto? ¿El pueblo se arroja sobre él? (Salen por la izquierda. Arlequin y Pantalón entran por la izquierda.)
- ARL. Huyamos... El pueblo enloquece.
- PANT. Asaltarán mi casa... Mi dinero, mi dinero. (Salen por la derecha. Voces, algún disparo. Vuelve el Desterrado con Lauro en los brazos, muerto, por la izquierda. Después Publio por el mismo lado.)
- DEST. ¡Ah! ¡mi hijo! Han matado a mi hijo y no fué el extranjero... ¡Ciudad desventurada, madre de patricidas... que al llorar por tus muertos has de llorar también por sus asesinos, que todos son tus hijos!...
- PUBLICO ¡Mueran los traidores!... Eh, ¿qué es esto? ¿Qué hicisteis?
- DEST. ¡Es mi hijo, mi hijo!
- PUBLICO No fué culpa mía. Se arrojó a salvar al Magnífico cuando el pueblo hacía justicia...
- DEST. Sí, habéis hecho justicia... vuestra justicia.
- PUBLICO Los traidores entregaban al extranjero la bandera de la Ciudad y la hemos rescatado.
- DEST. ¿Los traidores? ¿Hablas tú de traidores? No, la bandera de la Ciudad no puede estar en tus manos manchadas con sangre de la Ciudad, con sangre de sus hijos... Yo la arrancaré de tus manos... así. Y he de clavarla donde por fuerza ha de espantarte cuando quieras arrancarla... En el corazón de mi hijo... Ya ves cómo he de defenderla, clavada en su corazón por mi mano... como en mi corazón el amor a la patria... Es mi alma y es la suya. ¡Es el alma de nuestra patria!... (Voces.) ¿Qué sucede? ¿Qué gritan? ¡Al loco, al loco! (Arlequin y Pantalón entran por la derecha.)
- ARL. Es el señor Pantalón, las turbas saquearon su casa y ha perdido el juicio.
- VOCES ¡Al loco! ¡Al loco!
- PANT. ¡Mi dinero, mi dinero!
- VOCES ¡Al loco, al loco!
- PANT. ¡Mi dinero, mi dinero!
- DEST. Ven aquí, ¡miserable! Impiedad o locura, no clames así por tu dinero... Ya sé que para ti es eso nada más; ¡tu dinero!... Pero hay palabras más nobles para decir lo que vale tu

dinero... ¿Tú sabes lo que quiere decir... tu dinero?... La ruina de la Ciudad, su humillación... su vergüenza... la sangre de sus hijos...

PANT.

¡Mi dinero... mi dinero!

DEST.

No, eso no... ¡Patria mía! ¡Hijo mío!
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Jacinto Benavente

PUBLICADAS EN TRECE VOLÚMENES, SEGÚN HAN SIDO
ESTRENADAS.—SE VENDEN Á 3,50 PESETAS CADA TOMO
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El nido ajeno*, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem íd.

- La princesa Bebé*, comedia en cuatro actos.
 «*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos
El encanto de una hora, diálogo.
Mas fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados*.)

ZARZUELAS

- Teatro feminista*, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresaliente, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Handwritten musical notation on a staff. The notation includes various symbols and characters, possibly representing notes or rests, arranged in a sequence. The symbols include a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a series of notes and rests. The notes are written in a stylized, handwritten font. The staff is divided into measures by vertical bar lines. The notation is written on aged, yellowed paper.

Precio: DOS pesetas